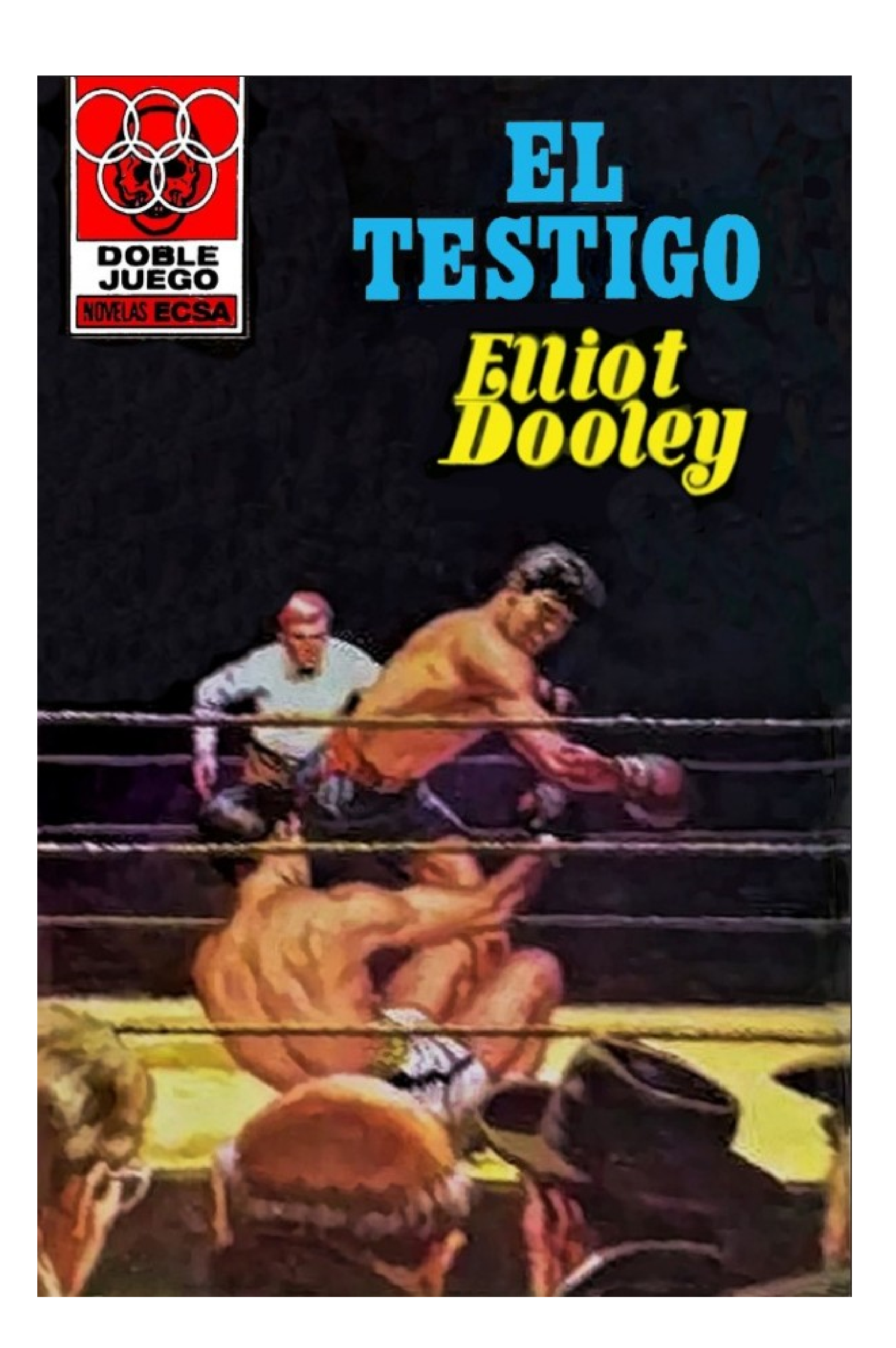
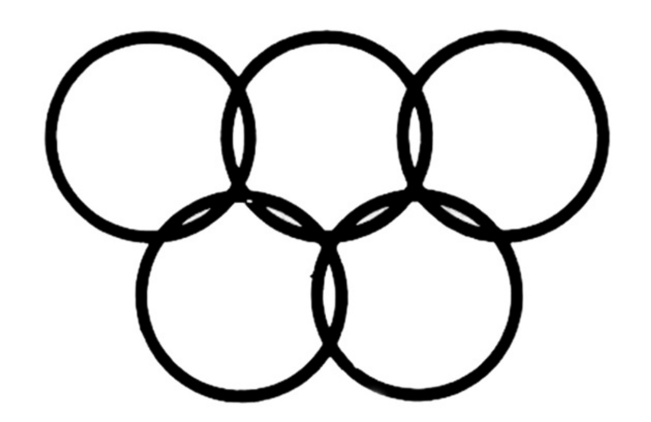

DOBLE JUEGO
NOVELAS ECSA
EL TESTIGO
Elliot Dooley



COLECCION

DOBLE JUEGO

ECSA

ELLIOT DOOLEY

EL TESTIGO

Colección
DOBLE JUEGO n.º 20
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048-5
Depósito legal: B. 23.976-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: agosto, 1982
2.ª edición en América: febrero, 1982

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona – 1982

CAPÍTULO PRIMERO

El reloj marcaba las seis y cinco. Luella abrió el cajón derecho de su mesa y guardó en él los papeles mecanografiados. Otro empleado, tan rezagado como ella, había recogido ya sus cosas e iba en busca de su chaqueta para marcharse. El hombre le hizo un gesto amistoso de adiós.

—Hasta mañana, Luella.

—Hasta mañana, Art. Cuídate ese resfriado.

El hombre tosió.

—Lo haré, gracias. En cuanto llegue a casa me tomaré un par de copas y me meteré en la cama, a sudar.

—Mejor toma un vaso de leche caliente.

El hizo un gesto de asco.

—Necesito algo más fuerte, querida.

Luella se encogió de hombros y él se fue.

La muchacha puso la funda en su máquina de escribir y fue al tocador. Tenía los labios casi exangües y estaba despeinada. Se pasó un poco de carmín y se pasó los dedos por los cabellos. Después le hizo una mueca a la imagen reflejada en el espejo.

—Como no te cuides más, amiguita —se dijo a sí misma—, acabarás en el Bowery. ¡Menuda pinta tienes!

Luella regresó a su mesa y, tras ponerse la chaqueta de punto sobre los hombros, abandonó el edificio.

Una vez en la calle, la muchacha echó a andar en dirección a la terminal del autobús. Caminaba despacio, deteniéndose de vez en cuando a mirar los escaparates de las tiendas. La tarde había refrescado y era agradable pasear cerca de los muelles. Del río llegaba un olor entremezclado de agua y alquitrán que le parecía tan familiar como el de la cochambre de su barrio.

«No tomaré el autobús —se dijo, pasando de largo ante la terminal—. Tengo ganas de estirar las piernas. Y luego quiero ver a Buddy. Tal vez vayamos al cine».

Luella se estremeció imperceptiblemente. Se acordó de la última

vez —hacía tres tardes— que estuvo en el cine con Buddy, y de cómo este le metió mano. Sintió que le flojeaban las piernas y se le resecaba la garganta.

Ella no estuvo quieta tampoco y pudo comprobar hasta qué punto le excitaba.

Instintivamente apretó el paso deseando encontrarse ya con su muchachote, fuerte como un hércules y con…

Se pasó la mano por la frente para alejar de su mente aquellos pensamientos, que habrían escandalizado a su padre.

Luella sonrió y murmuró:

—Si el viejo supiera lo que me gusta Buddy diría que soy una zorra. Y tal vez no se equivoque.

La chica se encogió de hombros y enderezó sus pasos hacia el puesto de bocadillos de Old Andy.

—¿Qué quieres, preciosidad?

—Una hamburguesa con tomate y mostaza.

—¡Como las balas!

El viejo le preparó el bocadillo y se lo dio envuelto en papel parafinado, para que no se ensuciara los dedos.

—¿Y para beber?

—Una cerveza, pero que esté fría, la última que tomé sabía a caldo y casi estaba quemando.

—¡Exagerada! —rio el viejo—. ¡Tú sí que quemas!

Ella le guiñó el ojo, con picardía.

—¿Tanto se me nota, abuelo?

—Ya lo creo. Te pareces a la gata caliente sobre el tejado de cinc.

Ella soltó un resoplido.

—Me pareceré en lo caliente, pero nada más. ¡Ojalá tuviera yo la pasta de la tía esa!

Old Andy la miró apreciativo:

—La tendrás si te empeñas. Yo, sin ir más lejos…

Luella parpadeó y sonrió burlona.

—¿Usted qué, abuelo? No me diga que a sus años aún tiene ganas de juerga.

—Pues las tengo, no creas, pero necesito soltar pasta y… que ella tenga paciencia.

Luella se encogió de hombros.

—Lo siento, abuelo. Yo soy de las impacientes.

—Te comprendo, y de estar en tu puesto haría lo que tú.

Ella le saludó amistosamente mientras se alejaba con el bocadillo y la lata de cerveza en las manos; a unos cuantos metros se sentó en un banco y bebió un sorbo de cerveza. Después hincó el diente en la hamburguesa. No tenía prisa. A Buddy no podía verle por lo menos hasta pasadas las siete.

Continuó allí sentada, dando fin al bocadillo y liquidando la cerveza a pequeños sorbos. Después se inclinó hacia atrás, apoyando la cabeza en el respaldo del banco. Su busto se proyectó hacia adelante mostrando lo agresivo de sus pezones, apretados contra la blusa escotada, sin que los cubriera la chaqueta de punto que había dejado a un lado, sobre el asiento.

En aquel momento se abrió la puerta del Boylan's Bar y de él salió un hombre tambaleándose.

Luella lo conocía. Era Rather Strong. Un negrazo de metro noventa con unas manos que parecían martillos pilones, la nariz achatada como una colilla de puro pegada a un espejo y una oreja en forma de coliflor. No había que imaginar demasiado que se trataba de un boxeador y no precisamente de los buenos.

Rather se acercó a la muchacha y abrió su bocaza de par en par, mostrando sus dientes careados.

—Hola, muñeca, ¿qué haces tan solita?

—Espero a Buddy.

—Tardará. Tiene un combate.

—¿De veras?

—Sí. ¿Quieres que te acompañe?

—Bueno…

Ella se levantó y dejó que el negrazo marchase a su lado. Le miraba por el rabillo del ojo y vio que él se relamía.

Luella se sintió halagada. La admiración y el deseo del hombre eran más que evidentes.

«Si le dejase —pensó—, me saltaría encima y me pegaría una galopada. Y debe ser de los resistentes».

Se reprochó a sí misma aquellos pensamientos y apretó el paso encaminándose al Boxe's Center donde, por lo que le había dicho Rather, su chico tenía un combate.

* * *

Alrededor del *ring* se apagaron las luces y sonó el *gong* del primer *round*. Buddy avanzó hasta el centro del cuadrilátero al mismo tiempo que lo hacía su contrincante. El árbitro les hizo rozarse con los puños y se hizo a un lado.

El combate comenzó inmediatamente después.

Buddy recordaba perfectamente las instrucciones de Dirty Joe, su entrenador: «Baila y usa la izquierda. Vuelve a bailar y dale con la derecha. Después el uno-dos, y cuando lo tengas atontado atízale un directo. Es un "paquete" y lo liquidarás antes de que termine el primer *round*. Ya lo verás».

Mientras iniciaba el aconsejado bailoteo, Buddy se fijaba en el grasiento holandés. Tenía razón Dirty: el tipo era un paquete de músculos mal trabajados y de grasa. Y tan blancuzco... ¡Daba asco!

La piel de Buddy relucía bajo el sudor, como si las gotas abrillantasen su carne morena. Él era puertorriqueño y el hambre no le había dejado engordar ni crecer demasiado. Pero su cuerpo estaba hecho de nervios y músculos fibrosos, duros y tensos como el acero.

El holandés fintaba y trataba de provocarle con golpes mal conectados que Buddy paraba fácilmente con su guante, al tiempo que metía el puño para alcanzar a su adversario y hacerle tambalearse.

Buddy avanzó hasta colocarse en el centro del cuadrilátero y, sin molestarse ya en bailar, se plantó con las piernas abiertas, sólidamente, buscando un hueco en la guardia de su contrincante. Al no encontrarlo en las primeras de cambio, decidió buscarlo por su cuenta y comenzó a descargar golpes, de derecha a izquierda, tratando con marrullería de darle al otro en los costados para destrozarle el hígado o el bazo.

Uno de aquellos golpes dejó al holandés sin respiración y necesitó buscar el *clinch* para no derrumbarse.

Buddy se deshizo enseguida del abrazo, sin esperar a que el árbitro les separase. Y apenas tuvo a su alcance al Dutch, le descargó un rápido uno-dos, seguido por un tremendo gancho, que volvió a hacerle tambalear y retroceder contra las cuerdas.

El puertorriqueño no le dio respiro. Fue hacia el Dutch con los

ánimos de una apisonadora.

El público masticaba cacahuetes y palomas de maíz. Algunos bebían cerveza tibia. Todos vociferaban.

—¡Machácalo, Buddy!

—¡Usa la izquierda!

—¡Acorta la distancia!

Buddy no miraba con odio al holandés, pero seguía castigándole con los puños. Aquel tipo no era para él más que una inversión. Le valía cien pavos y no iba a dejarlos escapar. Además, del resultado de la pelea dependería que le diesen más combates.

La lluvia de golpes que cayó sobre el Dutch obligó a este a refugiarse otra vez en el *clinch*.

El público rugió su descontento. Algunos chillaron y otros aullaron proclamando que allí había tongo.

Buddy se irritó al máximo y empujó al holandés contra las cuerdas, y cuando este fue despedido hacia él, le recogió con un tremendo trallazo de su izquierda, que le detuvo en pleno centro del cuadrilátero, manoteando y boqueando como un pez fuera del agua que tratase de respirar.

El puertorriqueño no desaprovechó la oportunidad.

Dutch no mantenía ya ninguna clase de guardia. Todo él estaba expuesto a los puños de Buddy, que podía martillearle a placer y, por lo tanto, veía en su bolsillo los cien pavos prometidos si ganaba el combate con el holandés.

¡Cien pavos por hacer puré a una mole de carne blancuzca!

¡Cien pavos!

Buddy descargó un tremendo derechazo en la mandíbula del holandés, que sonó a cosa quebradiza. El rubio escupió el protector bucal al tiempo que caía pesadamente y hacía tanto ruido como un saco de patatas al estrellarse con la lona, mientras en la oscuridad circundante se armaba un enorme vocerío.

A grito pelado, todos anunciaban ya la victoria del puertorriqueño, que retrocedió hacia su rincón, dando pequeños saltos, bailando y fintando con los puños, mientras vigilaba al corpachón del rubio tendido en la lona.

El árbitro se agachó junto al caído y, flexionando las rodillas, como un chimpancé a punto de saltar, comenzó a contar.

—Uno… dos… tres…

Al llegar a diez, el árbitro se puso en pie y sujetó la muñeca de Buddy, haciéndole levantar el brazo.

—Ganador por KO... —anunció con voz estentórea—. ¡Buddy Rodríguez!

El público explotó enardecido, sobre todo, chicanos, puertorriqueños y cubanos. Todos aquellos que eran llamados *greasers*[1] despectivamente y que veían cómo uno de los suyos acababa de derribar a un rubio mastodóntico y blancuzco.

Buddy juntó los puños y, manteniéndolos alzados por encima de su cabeza, continuó dando saltos en un paseo triunfal por el cuadrilátero, saludando y sonriendo a sus amigos e incondicionales.

El público continuaba aclamándole y Buddy reía.

Era el triunfador de la noche.

Acababa de ganar sus cien dólares y, además, para que la fiesta fuese completa, allí estaba Luella esperándole.

Una Luella sonriente, prometedora...

Buddy notó cómo ella se pasaba la húmeda y rosada lengua por los labios y notó que una descarga eléctrica le sacudía el cuerpo.

Después del combate, un encuentro con Luella era bastante más de lo que podía esperar.

—¡Qué noche la que me espera!

Y Buddy sonrió más eufórico aún, como si ya tuviese en el bolsillo los cien pavos y las prietas y morenas carnes de Luella palpitando bajo las yemas acariciantes de sus dedos.

* * *

Tres hombres estaban apoyados en la barra del bar, de espaldas a este, para contemplar el espectáculo que ofrecía Strip Dayse. También había dos «ganchos», un par de mujeres llamativas, con vestidos brillantes que se ceñían a su cuerpo como una segunda piel. Una era rubia platino y su escote llegaba hasta el mismísimo ombligo. La otra era pelirroja y su vestido no tenía nada en la parte de atrás, por lo menos hasta que se encontraban aquellas dos prominentes carnosidades donde la espalda perdía su casto nombre. Ellas no miraban a la pista. El espectáculo las tenía sin cuidado, se limitaban a fumar y charlar de sus cosas, de las facturas por pagar, del último cliente que se las había llevado al catre...

Junto a la pista había varias mesas ocupadas: En una de ellas tres matrimonios chicanos parecían estar celebrando algo, unas bodas de plata o un cumpleaños. Ellos reían ruidosamente señalando a la tía que se mostraba en el espectáculo, encuerándose al son de una música africana. Las mujeres hacían como que se ruborizaban, pero los ojos les brillaban y parecían prometérselas muy felices cuando pillaran a sus hombres en la cama, para ellas solas.

Otra de las mesas estaba ocupada por cuatro individuos con más pinta de matones corsos que de ciudadanos normales. Dos de ellos, por lo menos, mostraban unas manos tan atildadas y cuidadas que delataban no habían dado golpe —de trabajo, se entiende— durante toda su vida.

En la última de las mesas estaba el que se creía famoso púgil de los pesos medios, Theo Sanovicz, y con él tres fulanas de categoría, de las más caras, de esas que solo por enseñar un pezón cobran ya cinco pavos por lo menos.

Theo había bebido más de la cuenta y fanfarroneaba como si fuera el amo del mundo, o de los muelles por lo menos. Pero también hablaba de polvo y de camellos. Y eso podía resultar peligroso en un sitio como aquel, o en el barrio.

Las mujeres le reían las gracias y le incitaban a pagarles más copas para aumentar sus beneficios en el descorche, pero se notaba que empezaban a sentirse violentas y miraban, de vez en cuando, a la puerta del local como si temiesen ver entrar a alguien que las pudiese meter en cintura… o silenciar al charlatán de Sanovicz.

También el *barman* había mirado con creciente preocupación al boxeador, que se estaba yendo de la lengua. De pronto, decidiéndose, fue al teléfono, considerando que lo primero era velar por su propia salud y no dejar que otro le perjudicase, lo que sucedería si alguien se chivaba de que el mierdoso de Sanovicz había largado más de la cuenta y él no había pasado aviso a quién convenía.

Marcó un número y esperó unos instantes.

—¿Quién llama? —preguntó una voz de hombre con marcado acento italiano.

—Soy Belazs, del Strip Daisy. Tengo que pasarle una información al señor Tomasso.

—Dímelo a mí. Yo decidiré si hay que hablar o no al *signore* Tomasso. El patrón no debe ser molestado por cosas sin importancia.

—Se trata de Theo Sanovicz... —se apresuró a decir el *barman* atropellándose al hablar.

—¿Qué pasa con él?

—Está en mi local, con tres mujeres. Ha bebido demasiado y habla de muchas cosas, de demasiadas... y lo está haciendo sin tino.

Belazs no lo vio, pero Tonio Varetta, el guardaespaldas-secretario-factórum del *signore* Tomasso frunció el entrecejo al oírle.

—¿De qué cosas habla?

—De muchas... ya se lo dije. Y pensé que al *signore* Tomasso eso no podía gustarle.

—Aclárate. ¿De qué habla? —insistió Varetta.

—Bueno... yo no puedo oírle con claridad, pero... —el *barman* tragó saliva antes de seguir hablando, sintiendo que un sudor frío perlaba su frente—. Sanovicz cuenta cosas sobre polvo, camellos, beneficios fabulosos y unte.

Tonio Varetta soltó una maldición en dialecto siciliano y luego ordenó al *barman*:

—Vigila a ese charlatán y procura entretenerlo. *Capito*?

—Sí, *signore*. Le vigilaré y entretendré si trata de irse.

—Estupendo. Buen chico. El *signore* Tomasso te lo tendrá en cuenta. No te preocupes.

Belazs oyó cómo se cortaba la comunicación y suspiró aliviado. Después de aquello no solo podía sentirse a salvo, sino que, además, obtendría una recompensa. Era cosa sabida que el *signore* Tomasso pagaba siempre espléndidamente a quienes le ayudaban.

Y él, estaba convencido, acababa de hacerle un favor.

De nuevo en su puesto, tras la barra, Belazs miró a la mesa en que estaba el boxeador, fanfarroneando más y mejor.

Acababa de empezar otra actuación en la pista. La chica que la ocupaba ahora era oriental y vestía de rojo. Evolucionaba bajo la luz de los focos cruzados mientras iba despojándose, una tras otra, de las prendas que cubrían su cuerpo de color oro.

Los corsos bebían despacio, sin dejar de mirar a la pista, e igual hacían los chicanos.

Una de las fulanas que estaban en la mesa con Sanovicz se había

dado cuenta de que el *barman* había telefoneado. Le dirigió una mirada interrogante. Significativamente él se encogió de hombros, pero miró hacia la puerta. La otra no necesitó más para levantarse y pretextando que necesitaba ir al tocador. Luego, mientras se separaba de la mesa, miró a sus compañeras de trabajo y les hizo un guiño.

Ellas entendieron a su vez y poniendo diversos pretextos se apresuraron a quitarse de en medio.

Lo hicieron en el momento preciso.

En el Strip Daisy acababan de entrar tres hombres, uno de los cuales era nada menos que el propio Tonio Varetta.

Los recién llegados se acercaron a la barra y se situaron en un extremo, desde donde podían ver la pista… y las mesas.

Uno de los corsos se dio cuenta de quiénes eran los del bar y habló en voz baja con sus compañeros.

Los cuatro se pusieron alerta.

Tonio sonrió al ver la actitud que adoptaban y les hizo un gesto amistoso con la mano. Después, significativamente, miró la mesa en la que ahora estaba solo Theo Sanovicz.

Los corsos comprendieron y volvieron a mirar el espectáculo. Lo que pudiese ocurrirle al charlatán aquel no les incumbía.

Tonio envió a uno de sus hombres a la mesa de su hombre.

—El *signore* Tomasso quiere que vayas a verle —susurró el mensajero en el oído de Sanovicz.

El boxeador iba a rechazar la invitación, pero miró hacia atrás y vio a dos más que les estaban esperando. Se puso en pie rezongando entre dientes:

—Ahora que empezaba a divertirme… ¿Y esto? ¿Quién lo paga?

Tonio se había acercado a tiempo de oír las últimas palabras. Sonrió mostrando sus dientes lobunos y replicó:

—No te preocupes, Theo. La casa invita. ¡Vamos!

Y, sin más palabras, sacaron del local al charlatán Sanovicz.

CAPÍTULO II

El conserje del hotel apenas si miró a la pareja cuando Buddy pidió una habitación. Estaba embebido en la lectura de una novela policiaca, muy cerca ya del final. Se limitó a descolgar la llave y se la entregó al boxeador, preguntando:

—¿Para toda la noche o solo para un rato?

—Eso lo decidiremos luego.

—Bueno. Son tres dólares, por anticipado.

Buddy dejó el dinero encima del mostrador y se separó de este para reunirse con Luella, que le esperaba impaciente.

El conserje tampoco alzó la vista, limitándose a recoger el dinero y dejarlo a un lado.

Siguió leyendo.

La pareja, enlazada por la cintura, subió la escalera hasta el segundo piso, el correspondiente a la llave que les habían dado: la habitación número 27.

Entraron en el cuarto y se cerraron tras ellos.

La habitación era lo bastante grande como para tener una cama de matrimonio, una mesilla de noche, otra auxiliar, dos sillas, un lavabo y un bidet. Había una ventana que tenía la cortina corrida para no dejar pasar luz al exterior.

Nada más entrar, Luella se abrazó a su hombre besándole fogosamente y metiéndole mano por dentro de la camisa. Él le devolvió la caricia y la estrechó con fuerza contra su pecho.

El beso se prolongó mientras los cuerpos se movían como si estuviesen bailando, acercándose a la cama que se les ofrecía acogedora. Las manos de ambos se perdían ya por sus cuerpos, desnudándose mutuamente y acariciándose a la vez.

El cuerpo felino de Luella se ceñía al musculoso de él, buscando fundirse con este.

Lo necesitaba.

Lo deseaba.

Y lo mismo le sucedía a Buddy.

Con las bocas pegadas en un roce escalofriante, juntos los cuerpos estremecidos y ya sudorosos, los dos cayeron abrazados sobre la cama, que chirrió de modo ominoso, como si el peso de la pareja pudiese acabar con ella.

Buddy sintió que una oleada de calor le subía a lo largo del cuerpo desde el vientre, hasta alcanzar los puntos más recónditos de su cerebro. Ella experimentaba idénticas sensaciones placenteras y se le ofreció suplicándole:

—Hazme feliz, Buddy… ¡No me hagas esperar más! ¡No te entretengas, por favor!

Él no se lo hizo repetir dos veces. Lanzó un bramido, como el de un toro en celo, y poseyó a Luella con toda la fuerza almacenada en su cuerpo, con la furia de un deseo incontrolado, con el ansia de quien codicia hacer más íntima y completa la unión.

Con el anhelo de poseerla y gozar con ella en el supremo instante.

Los dos se sumergieron en un mar de pasiones, donde los goces se elevaban al máximo, hasta el infinito. Y entonces, rotos ya todos los diques del deseo, ambos estallaron en gemidos y gritos de triunfo, para dejarse caer luego a un lado, en la cama, y dormirse abrazados como si ni siquiera en sueños quisieran separarse.

* * *

El escuálido Ratone se sentó al volante del reluciente Cadillac, mientras su compañero Aldo aguardaba de pie, a un lado del vehículo, mirando expectante a su jefe Tonio Varetta y al boxeador que se sostenía difícilmente sobre los pies y canturreaba una canción francesa.

—Pasa detrás, Theo —le dijo al púgil el «mano derecha» del *signore* Tomasso.

—Atrás, como los patrones…

—Exacto, como un patrón —rio Tonio de dientes para afuera.

El boxeador se dejó caer en el confortable asiento y mientras Tonio se instalaba a su lado, Aldo lo hizo delante, al lado del conductor, cerrando luego la puerta.

Theo se volvió hacia el siciliano, que acababa de dar a Ratone la orden de ponerse en marcha.

—¿Sabes para qué quiere verme el *signore* Tomasso?

—El patrón no suele contar las cosas a quienes estamos a sus órdenes para obedecerle. Él manda, y punto.

—Sí, claro.

Una vaga sensación de inquietud empezó a apoderarse del boxeador, a quién no le parecía ya nada tranquilizante la actitud de sus tres acompañantes.

—¿Vamos a su casa? —preguntó suspicaz.

—No. Al almacén del muelle cinco.

Varetta había captado la mirada de púgil y, dándose cuenta de que ya recelaba, buscó la forma de tranquilizarle... de momento.

Aquella respuesta no calmó la inquietud ya creciente del boxeador, que giró la cara para mirar por la ventanilla.

Distraídamente lanzó una ojeada al espejo retrovisor, descubriendo que Aldo, el tipo corpulento sentado junto al conductor, no le quitaba la vista de encima.

Theo palideció, presintiendo que aquel viaje nocturno a los muelles no podía salir nada bueno para él. Sus recelos fueron en aumento al identificar los muelles por los que estaban pasando.

«El muelle cinco está lejos de aquí —pensó angustiado—. ¿Adónde me llevan estos comedores de *spaguetti*?».

Convencido ya de que su vida estaba amenazada, Theo miró de reojo a Varetta. Le vio tan impasible y frío como el empleado de una funeraria. Igual que Aldo y Ratone.

Theo se sintió peor.

El boxeador se fijó entonces que a su lado había una moto de buena cilindrada. Cerca de ella, recostados sobre unos bultos, una pareja se agitaba y removía haciendo el amor.

Sanovicz no lo pensó dos veces.

Antes de que Varetta pudiera impedirlo, había abierto la portezuela de su lado y saltaba fuera del coche, para correr luego como una exhalación adonde estaba la moto.

—¡*Maledetto*! —aulló Tonio—. ¡Que no escape!

Ratone hizo girar rápidamente el Cadillac para enfilar al sitio adonde habían visto a su presunta víctima.

A su vez, Aldo sacó la mano derecha por la ventanilla. El negro cañón de su pistola apuntaba ya hacia el boxeador.

Theo se arrojó de bruces al suelo cuando las dos primeras balas

silbaron por encima de él. Después, mientras corría en zigzag, se apoderó de la moto y en un santiamén salió zumbando, girando en dirección contraria al Cadillac, para que el conductor de este tuviera que iniciar otra maniobra.

Vociferando como un energúmeno, Tonio Varetta amenazaba a sus satélites asegurándoles que si no cazaban al fugitivo, el *signore* Tomasso les arrancaría a todos la piel a tiras.

Y, mientras, la pareja propietaria de la moto, se deshacía en insultos contra el ladrón y la interrupción de su escarceo amoroso, la persecución comenzó por los muelles.

* * *

El hotel estaba en un extremo de Vestry Street. Faltaba poco para que amaneciese cuando Luella y Buddy salieron de él y anduvieron unos pasos en dirección a Broadway Avenue.

Ella marchaba con la cabeza apoyada en el hombro de Buddy, que aspiraba con deleite el olor de sus cabellos, de su carne morena, de su cuerpo hecho para amar.

Al llegar a la esquina, Luella se detuvo y preguntó:

—¿Mañana tienes que ir temprano al gimnasio?

—Sí, ¿por qué lo dices?

—Puedo volver sola a casa. No es preciso que me acompañes. Y si has de madrugar…

—No importa. Te dejaré en tu casa.

Ella movió la cabeza negativamente.

—No seas tonto. Yo me levanto más tarde y lo que tengo que hacer no es pesado, y puedo hacerlo hasta con los ojos cerrados. Lo tuyo es distinto. Si no estás en forma te pueden dejar de lado.

Él protestó pero, ante la insistencia de Luella, acabó cediendo. Además, hasta la mañana siguiente no cobraría los cien pavos que había ganado en el combate de aquella tarde.

—Acepto con una condición —dijo él.

—¿Cuál?

—Que mañana lo celebremos cenando juntos y yendo a un hotel de primera. ¿Te parece?

—Desde luego, amor.

Luella se empinó para besarle en los labios. Luego, cuando las

bocas se hubieron separado, ella empujó a Buddy para que volviese atrás y se pudiera ir a descansar.

Durante unos segundos, él permaneció en la esquina viéndola alejarse. Luego dio media vuelta y marchó hacia los muelles del Hudson. Al cabo de unos instantes, para aprovechar el tiempo, se puso a correr por la acera, no teniendo que esquivar ningún transeúnte.

A aquellas horas del amanecer, las calles estaban prácticamente desiertas. Sin un alma que transitase por ellas.

Aunque ya estaba entrado el mes de mayo, la temperatura era todavía bastante fría, y Buddy no llevaba encima de la camisa más que una ligera cazadora de dril, haciendo juego unos tejanos tan descoloridos y gastados como aquella.

«Mañana, después que haya cobrado los cien pavos —pensó sonriente—, me compraré algo de ropa. Una buena chaqueta de cheviot y un jersey de esos que llaman “cuello de cisne”… ¡Je, je! ¡Yo, cuello de cisne! Tiene gracia… Pero al menos no pareceré ningún desharrapado. Y también le regalaré un vestido a Luella, o un broche. Lo que ella prefiera. Se lo merece. Ya lo creo que sí».

Animado por esas ideas, Buddy corrió a lo largo de un par de manzanas, cuyas casas eran de vistosos ladrillos, de color rojo desvaído, hasta que sin dejar de correr llegó delante del Holland Tunnel, donde se paró para concederse unos momentos de respiro.

Buddy se desvió entonces para tomar lo que se podía considerar un atajo hacia su casa, avanzando entre depósitos, almacenes y los muelles. Desde el río le llegó el ululante alarido de la sirena de un remolcador, que navegaba Hudson abajo en dirección a Island Liberty.

A sus espaldas, el puertorriqueño oyó el ruido de una moto que se acercaba metiendo un follón de veinte mil demonios. El que la conducía había pisado a fondo e iba a toda pastilla. La luz de sus faros se reflejó en los charcos de la calzada, salpicando a derecha e izquierda.

Buddy se apresuró a saltar a un lado, instintivamente, y se aplastó contra la pared más próxima. Todavía no llevaba la ropa nueva que pensaba comprarse, pero tampoco estaba en condiciones de que le pusieran hecho un adefesio.

Casi al mismo tiempo, otros dos faros iluminaron la calle. Eran

de un coche, un Cadillac, y parecían buscar al motorista. Buddy alcanzó a oír la sarta de maldiciones de este, identificándolas como tales aunque no entendía el idioma, que debía ser alemán, o ruso, o quizá holandés. De todos modos, él no entendía ninguno de ellos...

El de la moto la manejaba como un profesional y realizó una maniobra que a Buddy le pareció desesperada. Hizo un rápido viraje en un amago de cambio de dirección y, cuando vio que los ocupantes del automóvil giraban a su vez, brincó como un condenado tratando de escapar hacia el fondo de la calle.

Buddy parecía ocupar una butaca de preferencia en aquel espectáculo de coche y motocross. Pero, como si algo tan fuerte como el propio instinto de conservación le hiciese entender que todo aquello era más que turbio, continuó aplastado contra el muro de lo que parecía un enorme almacén, permaneciendo oculto en la sombra.

El puertorriqueño oyó chirriar los frenos de la moto, pero no los del Cadillac, que ahora parecía lanzado a todo gas. Vio cómo el motorista intentaba escapar por el lado derecho hacia el Hudson, pero los del coche no le dieron tiempo esta vez y le alcanzaron antes de que pudiera burlarles de nuevo.

El impacto del coche pudo oírse con toda claridad en el silencio de la madrugada.

Buddy pudo ver cómo el motorista describía una pirueta en el aire, al salir despedido de su máquina, y caer luego al otro lado de uno de los muros de protección que había en la parte del río, en la zona de separación de los muelles.

«Desde luego, los tipos del Cadillac no son ni están borrachos —pensó Buddy, notando que tenía las palmas de las manos húmedas de sudor—. Esos fulanos se lo han cargado a conciencia. Iban a por él y el otro lo sabía. Por eso trataba de escapar, pero no lo ha conseguido. ¡Pobre tipo...! ¿Quién sería?».

Antes de que pudiera contestarse a esa pregunta, Buddy vio que el Cadillac frenaba y quedaba atravesado en mitad de la calle. De su interior bajaron tres individuos que fueron a asomarse al muro de protección. Uno debió dar alguna orden, porque otro, el más corpulento, trepó al muro y saltó al otro lado.

Buddy continuó aplastado contra la pared del almacén, bendiciendo mentalmente la oscuridad que le mantenía a cubierto.

No necesitaba ser ningún lince para comprender que eran matones y asesinos profesionales, para quienes un testigo siempre resulta incómodo... hasta que deja de respirar.

Transcurrieron unos minutos hasta que el tipo que había saltado al otro lado del muro de protección asomó la cabeza y dijo:

—Todo bien. Ese tipo ya no es ninguna molestia.

—¿Seguro, Aldo? Ya sabes que al patrón no le gustan los errores.

—No te preocupes, Tonio. El tipo todavía se movía un poco y lo he dejado del todo seco. ¡Palabra!

—Bien, entonces, vamos —dijo Varetta, encaminándose hacia el Cadillac.

Ratone le sujetó por el codo y señaló la moto.

—¿La dejamos dónde está?

—¿Es que quieres cargar con ese montón de chatarra? —replicó Tonio, sarcástico.

—No, claro que no, pero...

—Déjate de historias y larguémonos. Los dueños de la moto ya se encargarán de recuperarla. Eso a nosotros ni nos va ni nos viene.

Los tres fueron hacia el Cadillac, en el que Tonio Varetta entró el primero. Ratone ocupó su puesto al volante y Aldo fue a sentarse a su lado cuando, por casualidad, se le ocurrió echar una mirada en torno suyo.

Entonces vio a Buddy.

—¡Eh! —gritó—. ¡Ahí hay un tipo que debe haberlo visto todo! ¡Tenemos un testigo!

Una triple sarta de maldiciones en inglés y siciliano llegó a oídos de Buddy, el cual, sin pensárselo dos veces, abandonó la protección de las sombras y echó a correr.

Como alma que lleva el diablo.

Igual que quien sabe que la muerte está pisándole los talones.

CAPÍTULO III

Mientras corría como un loco, Buddy oía los gritos y voces de sus perseguidores.

No habían vuelto a disparar.

Todavía.

Lo más fácil era que esperasen a tenerlo a tiro.

La luz de la linterna exploró la oscuridad tratando de localizar al fugitivo.

Buddy se arrojó de bruces contra el suelo, observando cómo el rayo luminoso resbalaba por las paredes, por encima de él, sin descubrir dónde estaba.

Uno de los sicilianos gritó estentóreo:

—¡No te escondas y sal que te veamos! ¡No vamos a hacerte nada, palabra!

Buddy miró hacia él.

De haber estado de humor, el puertorriqueño se habría reído. Mientras hablaba de aquel modo, Aldo empuñaba un pistolón, con la evidente intención de pegarle un tiro en cuanto se pusiera ante su punto de mira.

«Saldrá tu padre... ¡desgraciado! —pensó Buddy, aplastándose más aún contra el suelo—. A poco que me descuide, sois capaces de volarme la sesera».

El boxeador vio que los tres tipos se separaban, para aumentar su radio de acción.

Aquella podía ser su oportunidad.

Buddy se agazapó al ver que uno de los tres, el más raquítico de sus perseguidores, aquel a quién llamaban Ratone, se acercaba demasiado, peligrosamente.

«No tiene ni media torta —pensó el púgil, observando los movimientos del esgalichado siciliano—, pero él lleva la pistola y yo no tengo más que mis puños. Si no lo desarmo y lo pongo fuera de combate a las primeras de cambio... ¡adiós, Buddy!».

Ratone avanzaba precavido y cauteloso, taladrando la oscuridad

con el foco de la linterna que llevaba en una mano, en tanto que con la otra empuñaba la pistola.

A cada segundo se aproximaba más adonde estaba Buddy.

El puertorriqueño no lo pensó dos veces. Su reacción fue puramente impulsiva. Dando un brinco se arrojó de cabeza contra el bajo vientre de Ratone, al tiempo que proyectaba sus manos hacia adelante para golpear los brazos de aquel.

Pillado por sorpresa, Ratone dejó escapar un quejido y cayó de espaldas al suelo, soltando la linterna y la pistola, que produjeron un ruido metálico al caer sobre la calzada.

A Buddy le pareció que oía repicar de campanas y aprovechó su momentánea ventaja, sujetando a Ratone con una mano, mientras alzaba la otra, cerrándola con fuerza, para descargar el puño en la frente del siciliano, que mugió como un ternero alcanzado por un mazazo.

—¡Eh, Ratone! —gritó Aldo unos metros más allá—. ¿Diste ya con el tipo ese?

El caído e inconsciente Ratone no podía contestarle, pero el ruido que produjo Buddy al reanudar la carrera resultó más que elocuente para los otros dos sicilianos.

—¡Maldición! —vociferó Varetta—. ¡Ratone le ha dejado escapar! ¡Corre tras él, Aldo! ¡Déjalo seco de una puñetera vez!

Buddy no esperaba otra cosa de sus enemigos. Sabía que le perseguirían y por eso mismo corrió como una flecha hacia una de las largas y altas vallas que cercaban algunos almacenes.

Al llegar al muro más cercano, aprovechando el mismo impulso que llevaba, Buddy pegó un brinco que le habría permitido figurar en el equipo olímpico.

El puertorriqueño cayó limpiamente al otro lado, pero no perdió ni un segundo en felicitarse por su buena suerte. Corrió a la desesperada entre montones de basura y desperdicios hasta llegar al muro siguiente, que franqueó con la misma limpieza que el anterior.

Uno de sus perseguidores acababa de izarse en aquel momento a la primera valla y disparó contra él.

La bala pasó silbando a solo unos centímetros de la cabeza de Buddy. Sin herirle.

Aquello puso alas en sus pies y terminó el salto, reemprendiendo

la carrera y huyendo ya hacia el otro lado de la calle.

Una segunda explosión le hizo sonreír.

Quien había disparado no sabía ya dónde estaba.

Buddy aceleró aún más la carrera y abandonó la zona de los muelles para buscar dónde esconderse hasta que pasara la tormenta.

Bowery era el lugar ideal para su propósito y el púgil siguió corriendo sin parar hasta que se encontró en el más abyecto, sucio y cochambroso de los barrios de Nueva York. El sitio donde todos los parias hallaban acomodo. El único lugar donde, por el momento, podía sentirse a salvo.

* * *

Sue se despojó del salto de cama y se situó debajo de la ducha. Abrió el grifo del agua caliente y la dosificó con agua fría hasta obtener una temperatura aceptable. Permaneció así unos momentos, disfrutando de aquel contacto y notando cómo sus músculos reaccionaban recobrando su elasticidad habitual.

La ducha tibia producía siempre un efecto semejante en el cuerpo de Sue, sobre todo después de haber tenido que soportar las embestidas de animal hambriento de Tomasso, el fofo dueño de su persona y posiblemente de su destino.

Al salir de la ducha, antes de secarse, Sue echó una rápida y escrutadora mirada al cuerpo brillante, esbelto, mórbido, sensual y mojado que se reflejaba en el espejo. Sonrió al apreciar que se mantenía en perfecta forma. No estaba delgada ni tampoco gorda. Sus curvas eran proporcionadas y sugestivas. Justo lo que necesitaba para encalabrinar a un hombre como Tomasso, el Capo, que bebía los vientos por ella y le daba todos los gustos.

La sonrisa de Sue se hizo más amplia.

Tomasso no era excesivamente celoso y le permitía algunos caprichos, especialmente con los boxeadores. A condición, claro está, de que la cosa fuese fugaz, pasajera.

Se pasó la lengua por los carnosos y sensuales labios al recordar lo que había sentido la noche anterior, al acostarse. Los cuerpos de los dos pesos pesados, uno chicano y el otro negro, que le habían repugnado en el *ring*, hicieron que ardiera en deseos de acordarse de ellos, en la cama, entre los brazos de Tomasso, como si fueran

ellos y no el Capo siciliano los que estuvieran poseyéndola.

Sue se estremeció acariciándose el busto y el liso vientre, sin dejar de mirarse en el espejo, imaginando las caras que podrían poner aquellos hombres de verla tal y como estaba en aquellos momentos.

«Se volverían locos —pensó complacida—. Como Theo, ese montón de músculos que tiene menos sesos que un mosquito».

Al recordar a Sanovicz se preguntó qué habría querido decir Tomasso cuando le indicó que aquel se había ausentado por mucho tiempo. Un tanto inquieta, pensando en su futuro, murmuró:

—¿Será que con los años empieza a tener celos? Si es así tendré que andarme con cuidado.

Movió la cabeza y pasó al tocador para sentarse en el *puff* a cepillar su larga y leonada cabellera.

«Aprovecharé la invitación de Tomasso —pensó a empezar a vestirse—, y le acompañaré al gimnasio. Tal vez encuentre a un tipo de mi gusto al que él no ponga peros».

Con esa idea, Sue salió a la calle y encaminó sus pasos a la Quinta Avenida, deteniéndose a mirar escaparates, hasta que llegó a la esquina inferior de Central Park. Miró su reloj de pulsera, de oro blanco con brillantes y, viendo que se le estaba haciendo tarde, paró el primer taxi libre, ordenando al conductor que la llevase a la calle 34 Oeste, donde estaba el despacho «oficial» del inefable Tomasso Raciotti que figuraba allí como exportador de productos agrícolas italianos.

* * *

En el gimnasio Yoker Duck resonaban los golpes, sordos en su mayoría, o se oían gritos breves, respiraciones entrecortadas o jadeantes, consejos bien o peor intencionados, y maldiciones o juramentos a porrillo. Un fuerte olor a sudor y linimento se entremezclaba con el de humanidad sucia y humo apestoso.

Buddy, vistiendo calzón corto, boxeaba contra su sombra, proyectada contra la pared, que se agrandaba o deformaba a medida que se acercase o alejara de aquella.

Cerca del puertorriqueño, observándole, estaba su amigo Apolo Razzi, el campeón y máxima figura del equipo del Yoker Duck, en

cuyo chándal se veía el consabido dibujo del pato, con los guantes puestos, en actitud de en guardia. A su lado estaba también Dirty Joe, el más marrullero de todos los entrenadores conocidos y por conocer.

—¡Más rápido, Buddy...! ¡Tienes que pegar más aprisa! —le gritaba el *manager* a su protegido—. No boxeas con tu sombra. Es un pegador más fuerte y rápido que tú. ¡Baila y córtale el paso! ¡Entretenle con la derecha para ver cómo reacciona! ¡Castígalo con la izquierda...! ¡Cuidado! ¡Ahora un buen gancho! ¡Y el uno-dos! ¡Vamos, condenado holgazán! ¡Dispara tu puño, que no es de mantequilla!

Buddy obedecía lo mejor que podía a los consejos e incitaciones de Dirty, seguro de que este era el mejor maestro que podía tener y que, con su ayuda, se convertiría en una estrella del *box*, tan o más importante que el propio Apolo Razzi, aquel que ganaba combates por KO sin apenas despeinarse.

El puertorriqueño sabía que estaba ganando puntos en el gimnasio y que ya se hablaba de él como de un buen peso medio. Sobre todo se valoraba su pegada y que fuese un buen fajador. Además, y esto sí que era importante, había ganado por KO sus cinco primeros combates, cobrando ahora cien pavos por pelea ganada, y con la promesa de que a partir del sexto Duck le daría el doble.

En aquel momento Dirty consultó su cronómetro y gritó:

—¡Basta por ahora, Buddy!

—¿Ya he terminado el entreno?

—No, pero tienes que descansar un poco. Ve a darte una ducha y vuelve.

Buddy iba a protestar, pero su amigo Apolo Razzi le sujetó el brazo diciendo:

—Hazle caso a Dirty. Sabe más que ninguno de nosotros y si dice que descanses tienes que descansar.

A Buddy le gustaba mucho su amigo, y no solo porque fuese un ganador nato, sino porque era un excelente compañero, de los que no se guardan todo lo que saben sino que lo comparten con aquellos a quienes aprecian, como ocurría con él. Además, ¡tenía tanta suerte con las chavalas! En eso Buddy le tenía un poco de envidia. Cierto que él disfrutaba de los favores de Luella, pero Razzi... ¡tenía las

tías por docenas! ¡Y qué hembras, lo mejor de lo mejor!

El puertorriqueño sonrió al pensar que algunas malas lenguas decían que si Razzi era un poco afeminado.

«Puñetera envidia —pensó—. Lo que pasa es que es un tío guapo y tiene buena planta. Eso chifla a las gachís que se le ponen a tiro en cuanto las mira a los ojos y después… Bueno, después solo tiene que decir que tiene ganas para que ya se abran de piernas».

Buddy dejó que su amigo le diera una palmada en el hombro y se encaminó hacia la ducha, repitiéndose lo que Razzi le dijo aquella mañana cuando fue a entrenar:

—Te vi en el combate de anoche con el holandés. Debes evitar que el otro te atice. Está bien eso de encajar, de soportar el castigo, pero es mucho mejor darle al otro sin recibir tú. ¿Comprendes?

Sí, Buddy había comprendido y aceptado el consejo.

Sin embargo, mientras se duchaba no podía por menos de pensar en lo ocurrido después del combate y de haber dejado a Luella. Había estado en un tris de que le sonasen para siempre. Y lo que ahora le ponía más nervioso era que Sabía ya quién era el tipo al que los sicilianos habían liquidado en el muelle: Theo Sanovicz.

¿Por qué se habrían cargado a un boxeador como él? ¿Qué era lo que Theo podía haber hecho o dejado de hacer para que alguien decidiese quitarlo de en medio?

Otra vez con el calzón corto puesto, Buddy se reunió con su *manager* y vio que Apolo estaba en el cuadrilátero haciéndole señas de que subiese.

Buddy miró interrogativo a Dirty, que le hizo un gesto de asentimiento.

—Sube y haz guantes con Razzi. Necesitas practicar en vivo con uno que no sea un paquete.

Aquello sonaba a desafío en los oídos de Buddy, pero no se amilanó. Es más, en su fuero interno se sintió complacido de que Apolo aceptase hacer guantes con él.

«Le demostraré que no he echado en saco roto sus consejos».

Se puso los guantes, que Dirty amarró debidamente y subió al *ring*, decidido a dar de sí cuanto pudiese. Y, sobre todo, a evitar que Apolo le sacudiese como a un *punching-ball*. Buddy no se olvidaba de todas las cosas que su amigo le dijera aquella mañana. Sobre todo cuando él se justificó por los golpes encajados, diciendo que

estaba seguro de ganar al holandés.

—Tú puedes estar tan seguro como quieras —le había dicho Apolo—, pero si te acostumbras a encajar los castigos acabarás sonado. ¿Has contado lo que representan seis buenos puñetazos en un combate? Si tienes dos a la semana serán cuarenta y ocho al mes. ¡Y demasiados si cuentas los de un año!

Buddy había sacado la cuenta y comprendido que Apolo tenía razón. Por eso quería demostrarle que le había entendido.

Los dos púgiles se saludaron en el centro del *ring* y luego retrocedieron para iniciar el combate. Apolo amagó con la izquierda y cuando Buddy esquivó, le alcanzó con la derecha en la nariz haciéndole daño. Dio un paso atrás y vio cómo Razzi sonreía burlón. Inició un pequeño baile al tiempo que volvía al centro del cuadrilátero, pero fue para topar con el puño derecho de Apolo que le detuvo casi en seco. Después, antes de que tuviese tiempo para reaccionar, ya Razzi le disparaba un zurdazo que le hizo tambalearse y retroceder hacia las cuerdas.

—¿Qué haces, Buddy? ¿No peleas?

Eso de que Razzi le increpase en tono de burla sorprendió al puertorriqueño. Pero lo que le irritó fue que del rincón se le aconsejara a Apolo y no a él. ¿Qué significaba aquello?

Buddy no tardó en comprender.

Su amigo lo estaba utilizando como *sparring partner*.

Esa era la auténtica y dolorosa verdad.

Allí no había amistad que valiese. Apolo necesitaba un *sparring* para entrenarse y le había elegido a él.

¡Qué estúpido había sido al imaginar que Razzi trataba de hacerle un favor!

Algo semejante a un bramido escapó de la garganta del puertorriqueño, que cambió instantáneamente de actitud. Había descubierto ya cuál era el juego y no se iba a dejar llevar al huerto por el chico guapo y bien peinado.

«Le descompondré la figura y aprenderá a encajar... ¡Vaya si encajará!».

Buddy cerró un poco más su guardia e hizo varios amagos para explorar la de su contrincante. No tardó en descubrir que Apolo estaba seguro de sí mismo y que parecía estar jugando con él. Aquello le dio una idea y sonrió divertido.

«Dejaré que crea me puede ganar, y luego…».

El puertorriqueño volvió a abrir su guardia y encajó un golpe en el hígado y un zurdazo en la sien, para recibir un gancho de derecha en la mandíbula.

«Ya está bien, Apolo —pensó un tanto irritado—. Ahora es mi turno, amiguito. Ahora me toca a mí».

Buddy atacó veloz, disparando sus puños alternativa y contundentemente contra los costados del italiano. Apolo cambió la guardia sin fijarse en que dejaba un resquicio abierto en la parte alta, por dónde el puertorriqueño metió la derecha alcanzándole en la nariz.

Razzi dejó escapar un quejido que al puertorriqueño le sonó a gloria, y este aprovechó para disparar la zurda contra la mandíbula. Instintivamente, Apolo alzó los brazos para protegerse la cara, con lo que Buddy pudo lanzar la derecha al hígado haciéndole tambalearse.

El puertorriqueño ya estaba ganando puntos y lo comprendió al ver la mirada de odio que brillaba en los ojos de Razzi. Hizo un amago con la derecha y antes de que Apolo comprendiese su error ya metía la zurda alcanzándole en un hombro, que le hizo girar, para recibirle después otra vez con la derecha y alcanzarle en una ceja.

Buddy iba a continuar castigando a su rival, pero se dejó oír la voz chillona de Dirty Joe:

—¡Ya basta, muchachos! ¡Bajad del *ring*!

El italiano no se lo hizo repetir y abandonó el cuadrilátero inmediatamente. Buddy le siguió, pero rezongando entre dientes:

—Ahora que ya lo tenía…

Sin embargo, a Buddy le satisfizo ver que la cara de Apolo había quedado marcada, y bien: en una ceja y en la nariz.

El niño bonito ya no lo parecía tanto.

Dirty se acercó a Buddy con una mirada divertida bailándole en los ojos. Le palmeó afectuoso y comentó:

—Al principio te mostraste torpe, pero luego lo has arreglado. Ahora sí que te veo en camino de triunfar.

Buddy esbozó una sonrisa, pero esta murió repentinamente en sus labios.

El puertorriqueño acababa de ver entrar en el gimnasio a un

hombre elegante, acompañado por una mujer de lo más llamativo. Con ellos iba otro hombre al que Buddy reconoció inmediatamente, aunque solo le hubiese visto en penumbras aquel amanecer.

«Es el tipo que daba las órdenes…».

Y, para que no le quedase ninguna duda sobre quiénes eran los recién llegados, dos hombres más entraron en el local, situándose uno a cada lado de la puerta.

También a ellos les reconoció Buddy.

Uno, el más delgado, era Ratone, aquel a quién él golpeó y desarmó dejándole fuera de combate. El otro era quien le había disparado un par de veces, sin alcanzarlo.

«¿Qué demonios vendrán a hacer aquí? —pensó angustiado—. ¿Me habrán descubierto y vienen por mí?».

Buddy retrocedió despacio, como si tratara de pasar desapercibido, pero no pudo conseguirlo.

Aquel tipo que parecía un potentado había estrechado la mano de Duke, el encargado del gimnasio, que a su vez se inclinó ante la sensacional pelirroja. Luego le tocó a Dirty el turno de saludar, y este no tuvo mejor ocurrencia que llamar a Buddy para presentarle a los recién llegados.

—*Signore* Tomasso —dijo su *manager*—. Le presento a Buddy Rodríguez. Un chico con madera de campeón.

Buddy notó que le flojeaban las rodillas mientras estrechaba la mano del mandamás. Sentía clavada en él la mirada del otro tipo, el que estaba a su lado. La voz de la mujer, grave y sensual, le sacó de su ensimismamiento.

—¿De verdad esperas ser un campeón, Buddy?

El puertorriqueño se giró hacia ella, dando así la espalda a los demás hombres.

—Ese es mi mayor deseo, señora.

Y se inclinó para besar su mano.

Ella contempló la musculatura de Buddy, puesta de relieve con aquel gesto cortés y se relamió como una gata golosa ante un plato de natillas. Volvió la cara hacia el Capo y murmuró:

—Creo que Dirty tiene razón. En este hombre hay madera de campeón.

Buddy enderezó el cuerpo, pero al sentir sobre él el peso de la mirada inquisitiva de Tony Varetta, palideció.

CAPÍTULO IV

El *signore* Tomasso hizo un gesto significativo a Duke, el cual se apresuró a invitarle a acompañarle a la oficina del gimnasio. Luego se adelantó para abrir la puerta al Capo.

Sue pensó seguirles, pero miró a Buddy y cambió de opinión. Le obsequió con la mejor y más turbadora de sus sonrisas. Y murmuró:

—Este sitio me aburre. Prefiero estar en mi coche.

Dirigió una mirada al puertorriqueño, acompañándola con un gesto tan insinuante que equivalía a una invitación.

Buddy vaciló apenas un instante.

De una parte estaban los tres tipos que habían ido al gimnasio acompañando al *signore* Tomasso. De otra estaba aquella mujer tan fabulosa. Y el Capo parecía que tendría para rato...

El puertorriqueño corrió al vestuario. Abrió su armario metálico y se vistió en un santiamén.

Ya se dirigía Buddy hacia la puerta cuando Tonio Varetta y el llamado Ratone le cortaron el paso.

Sonreían, pero las miradas eran frías como hielo.

—Dime, muchacho —habló Varetta—. ¿No nos hemos visto antes tú y yo?

—No creo, señor.

—Parece demasiado joven para frecuentar los mismos sitios que nosotros —rio Ratone interviniendo.

—¿Juegas al billar?

—No, señor.

—Tampoco irás a las carreras, claro.

—¡Oh, no! —protestó Buddy—. Eso está fuera de mi alcance.

—¿Y apuestas? ¿No haces ninguna?

—Ya le digo que no tengo casi dinero. Estoy en mis primeros combates. Solo gano cien por pelea.

Ratone volvió a terciar, sarcástico.

—Ya oyes, Tonio. El chico no tiene «pasta» y por eso no apuesta, ni arriesga, ni nada de nada.

Miró con animosidad a Buddy, y añadió:
—Seguro que no fuma, ni bebe, ni va con chicas. ¿Me equivoco, pedazo de carne?
Buddy frunció el ceño, ensombreciéndosele la cara. A ningún boxeador le gusta que le llamen pedazo de carne. Pero era mejor no buscar líos con aquellos tipos que iban con el mandamás. Además, la pelirroja le había mirado de un modo... Lo mejor era ir con ella y dejar que los otros le olvidasen.
Y cuanto antes mejor.
El puertorriqueño forzó una sonrisa para contestar a Ratone.
—En las dos primeras cosas acertó de lleno, pero no en la tercera. Tengo una amiga y...
—¡Vaya, nuestro musculoso amigo tiene una amiguita! —se echó a reír Ratone.
Seguramente iba a decir algo más, cuando de nuevo tomó la palabra Tonio Varetta.
—Tú dirás lo que quieras, pero estoy seguro de que he visto tu cara en algún sitio... y no hace mucho tiempo de ello.
Buddy tragó saliva, sintiendo que algo tan frío como el hielo recorría su espinazo. Se apresuró a protestar que él no le había visto nunca y que de ser así lo recordaría. Luego dijo que tenía algo que hacer y se apresuró a ir hacia la puerta sin que esta vez los otros hicieran nada por impedir que saliese.
Una vez en la calle, sintiéndose a salvo, Buddy respiró hondo y miró hacia donde estaba la mujer.
Sue parecía enfurruñada.
—Creí que no saldrías nunca —le dijo a modo de saludo.
—Tenía que vestirme —se justificó él.
—Pues has tardado lo tuyo.
—Es que además sus amigos me entretuvieron para hacerme unas preguntas. Uno de ellos decía que me conocía.
—¿Y era verdad?
—¡Oh, no! —se apresuró a asegurar Buddy—. Como ya les expliqué, no frecuento los mismos sitios que ellos. Y se burlaron...
—¿Se burlaron? —preguntó ella—. ¿Por qué?
El púgil se sonrojó al recordar el comentario de Ratone, y más aún cuando se lo repitió, sin mirarla, que prorrumpió en carcajadas. Luego, cortándolas en seco, apoyando su mano en el recio

antebrazo de Buddy, mirándole a los ojos, inquirió:

—¿Y es cierto eso de que no fumas, ni bebes, ni...?

Buddy negó con energía.

—Ya les dije que lo tercero, no. Tengo una amiga —fanfarroneó—, y no tiene queja de mí a ese respecto.

Sue le miró apreciativa.

—Me gustaría comprobarlo.

—¿Usted?

—Claro. ¿O crees que un tipo como Tomasso me puede tener satisfecha?

El puertorriqueño tragó saliva, sin responder. Ella aumentó la presión de su mano en el antebrazo del boxeador, y murmuró con voz súbitamente enronquecida:

—Pareces muy fuerte. Si en todo eres igual...

Ella miró a la puerta del gimnasio.

En aquel preciso momento salían el *signore* Tomasso con Duke, que se despedía obsequioso de él. Tras ellos iban Varetta y los dos guardaespaldas.

Sue captó el movimiento de retroceso del puertorriqueño y se apresuró a sujetarle por el brazo.

—Quieto. No tienes por qué irte. Déjame hacer a mí.

Ella sonrió mientras los otros se acercaban.

Don Tomasso miró indiferente al boxeador y le habló a Sue.

—¿Te hacía compañía el muchacho?

—Sí, querido. Es un buen chico. Le dije que me aburría y, aunque tenía otra cosa que hacer, se quedó para protegerme. Dice que este no es un sitio seguro para una chica como yo.

El *signore* Tomasso sonrió al boxeador.

—Has hecho bien, hijo, acompañando a la señora. Toma, por la molestia.

Y, sacando su billetera, le dio cincuenta dólares.

Buddy quedó casi sin habla.

Aquello era la mitad de lo que él ganaba en un combate. ¡Y se lo daba así, sin más ni más, solo por haberle hecho compañía a ella!

Pero si para el puertorriqueño las cosas iban bien, no sucedía lo mismo con Varetta ni los dos guardaespaldas. Don Tomasso se había vuelto hacia ellos y, señalando a Sue, en tono cortante, dijo:

—¿Cómo no se os ocurrió acompañarla a ninguno de vosotros?

¿Es que no sabéis dónde estamos? ¡Si llega a pasarle algo os habría arrancado la piel a tiras!

Tonio y los otros dos bajaron la cabeza, humillados de verse tratados así en público, y sobre todo delante de aquel pedazo de carne al que habían estado tomando el pelo.

Por suerte para ellos, Sue tenía una idea en su cabecita leonada e intervino en su favor.

—Déjalos estar, Tomasso. Ya ves que no ha pasado nada. Pero este chico me gusta y quisiera dar una vuelta por el barrio. Hace tiempo que no lo hago. Y con él me siento protegida.

—¿Más que con ellos? —preguntó el Capo, mirando significativamente a Tonio y a los otros dos.

—¡Oh, claro!

—Bien, en ese caso… si te apetece dar una vuelta… por mi parte no hay inconveniente.

El Don volvió a echar mano a la billetera y tendió varios billetes de cien al asombrado Buddy.

—Toma —le dijo—. Esto para que convides a la señora. Luego la acompañarás a casa. Y ten en cuenta —añadió en tono amenazante — que me respondes con tu pellejo de que no le pase nada. ¿Está claro?

—Sí, *signore* Tomasso. ¡Clarísimo!

—Bien, entonces ya sabes: a buen entendedor con media palabra basta.

El Capo dio por terminada la conversación y, luego de besar a Sue en la mejilla, hizo un gesto a sus hombres para que fuesen al coche. Ratone se apresuró a situarse al volante, mientras Aldo se aposentaba a su lado, en la parte delantera del Cadillac. Tonio, servicial siempre, pero más después del rapapolvo que acababa de recibir, se adelantó a abrir la portezuela, que mantuvo abierta hasta que el Don se hubo repantigado en el asiento de atrás. Luego dio la vuelta al coche y se instaló a su lado, ordenando luego a Ratone:

—¡A casa!

El Cadillac partió como una exhalación, dejando plantados en la acera a Sue, colgada del brazo de Buddy.

* * *

Apenas hubo desaparecido el Cadillac, Sue se encaró sonriente con el puertorriqueño.

—Don Tomasso te ha dado para que me invites.

—Sí.

—¿Adónde vas a llevarme?

—Donde usted quiera.

Ella pasó su mano acariciante por el brazo musculoso de Buddy susurrándole como una gata mimosa:

—Deja ya de tratarme de usted. ¿Es que no puedes tomarte un poco más de confianza?

—No sé si al *signore* Tomasso le gustaría que lo hiciese.

—Él no está aquí. Estamos solos… y a mí sí me gustaría.

—Bueno, entonces…

Buddy pareció pensarlo. Luego dijo:

—Aquí cerca hay un local que está siempre abierto. Pasan un espectáculo cada dos horas…

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? —reprochó ella con aire de estar decepcionada.

El puertorriqueño pareció turbado, indeciso, inseguro.

—No sé… ¿Qué le gustaría?

—Quedamos en que te tomarías más confianzas.

—Sí… Bueno, ¿qué te gustaría?

Sue siguió acariciando el brazo del boxeador, divirtiéndose al captar sus estremecimientos que delataban el nerviosismo del hombre.

—Yo preferiría que me llevaras a comer a un sitio típico, pero donde hubieran reservados, para que nadie nos molestase ni interrumpiese. ¿Comprendes?

Claro que Buddy lo comprendía. Y aquello era mucho más de lo que él podía soñar que pudiese hacer con una mujer como aquella. Sin embargo, recordó de quién se trataba y las tripas se le encogieron.

¿Qué pensaría el *signore* Tomasso si se enteraba de que se había llevado a su chica a comer a un reservado? ¿Qué haría cuando imaginara lo que había pasado en este? Porque si de algo podía estar seguro Buddy era de que ir con aquella real hembra a un reservado no sería para comer tan solo.

Por la mente de Buddy desfilaron las imágenes de la madrugada

anterior, cuando los matones del Don habían eliminado a un boxeador como él, a Theo Sanovicz.

¿No sería porque el *signore* Tomasso había descubierto que el tipo se beneficiaba a su pelirroja?

En ese momento la voz bronca y sensual de Sue cortó el hilo de sus pensamientos.

—¿Qué? ¿No conoces ningún sitio a propósito para lo que a mí me gustaría?

Buddy la miró con fijeza.

Ella se pasó la lengua por los labios, prometedora e insinuantemente.

El puertorriqueño dejó de vacilar.

—¡Sí! —exclamó decidido—. ¡Conozco un sitio que irá que ni al pelo!

Sue sonrió y se colgó de su brazo.

—Entonces... ¿a qué estás esperando para llevarme allá? ¡Vamos ya! ¡No perdamos más tiempo!

—Sí, vamos —replicó él.

Y, con paso decidido, condujo a Sue al Vestry Restaurant, en cuyo primer piso había salones especiales para banquetes y comidas de negocios, y en la segunda planta unos reservados en los que la intimidad de los ocupantes quedaba garantizada del todo, hasta el punto que contaban incluso con cuarto de aseo independiente.

La desigual pareja entró en el establecimiento, forzando Buddy el aire de perdonavidas. Al verles, el dueño enarcó una ceja incapaz de adivinar si iban a comer o a tomar solo el aperitivo en la barra.

Buddy hizo chascar los dedos para llamar a un camarero, que se le acercó despacio, con aire despectivo.

—¿Se le ofrece algo? —preguntó al púgil.

—Sí. La señora y yo queremos comer... en un reservado.

El otro casi se atragantó al escuchar lo que le parecía una extravagante proposición en labios de un tipo como aquel.

—¿Ha dicho un reservado?

—Exactamente. Y no me gusta esperar.

El dueño del Vestry, que hasta entonces se había limitado a observar a los recién llegados, movió su fofa mole para ir a su encuentro al tiempo que forzaba una sonrisa meliflua.

—¿Conoce nuestros precios... señor?

Buddy giró la cara hacia él y al mismo tiempo metió una mano en el bolsillo donde tenía los billetes que le diera el *signore* Tomasso. Los sacó todos y dio un par de ellos al gordinflón diciendo con tono burlón:

—¿Habrá bastante con esto?

—Sí, claro... señor. Naturalmente, señor.

El seboso dueño del Vestry se hizo a un lado para mostrar a la pareja el camino hacia la escalera que daba acceso a las plantas superiores.

—Por favor, señores. Síganme.

La pareja marchó tras él, escalera arriba, enlazados por la cintura. El gordo giró ligeramente la cara con ánimo de justificarse por no utilizar el ascensor.

—Lamento que tengan que subir a pie —les dijo con su tono melifluo y cantarín—, pero anoche se averió el ascensor y todavía no lo han reparado. Yo no sé adónde iremos a parar con operarios tan incapaces como los que hay ahora. No tienen sentido de la responsabilidad ni de nada. En fin —añadió con una sonrisa—, para compensarles por esta molestia, la casa les ofrecerá un aperitivo.

—Muy amable —rio Sue.

Buddy respondió con un gruñido y, mirándola a ella, preguntó:

—¿Quieres que te lleve en brazos?

Sue parpadeó al contestar.

—Después...

Y siguieron subiendo.

Al llegar al reservado, el gordinflón abrió la puerta y pasó el primero para mostrar a sus clientes la disposición de aquel, mostrándoles los timbres para llamar al servicio y un teléfono interior.

—Solo tienen que encargar el menú y les será servido a la hora exacta que ustedes indiquen. Nadie que no haya sido llamado vendrá a molestarles bajo ningún pretexto.

—Perfecto —aprobó Buddy, que en la vida había visto nada parecido.

Sue se dejó caer en un confortable y anchuroso diván, adosado a una de las paredes, y preguntó:

—¿No iba a ofrecernos un aperitivo?

—Sí, señora. ¿Lo desea ahora mismo?

—Desde luego. Así nos dará tiempo para... elegir lo que queramos comer.

El dueño del Vestry inició un gesto, remotamente parecido a la reverencia hecha por un hipopótamo, y se retiró presuroso.

Al quedar solos, Sue tendió los brazos hacia Buddy.

—¡Bésame! —pidió con voz bronca.

Él no se lo hizo repetir y se sentó a su lado, para estrecharla con fuerza entre sus brazos.

Las bocas se buscaron con avidez.

El beso se hizo intenso, prolongado...

Buddy notó que la lengua de ella sabía a fresas maduras. Y siguió besándola, saboreando aquel sabor tan excitante.

Unos golpecitos en la puerta del reservado les interrumpió. Era el camarero que traía el aperitivo, invitación de la casa. Buddy ordenó que lo dejara encima de la mesa y se largara de allí con viento fresco. Luego, cuando el otro hubo cerrado la puerta dejándoles solos otra vez, sus manos se movieron codiciosas por el busto de Sue, acariciando sus pechos, desnudándola...

Ella le dejaba hacer, pero al mismo tiempo también procuraba aligerarlo de su ropa.

Desnudos como gusanos, estrechamente enlazados, cayeron sobre el diván para solazarse a sus anchas.

Fue casi una hora después cuando Sue se acordó del aperitivo. Y también notó que tenía hambre. Pero Buddy no la dejó encargar el menú, impidiendo incluso que apurase la copa de *dry-martini*.

El puertorriqueño no había estado nunca con una mujer como aquella. Recordó a Luella un instante, pero enseguida la apartó de su mente. No podía haber comparación entre ellas.

Luella era la mujer que se daba por convicción, por amor, para ser luego la esposa y madre de sus hijos.

Sue, por el contrario, era toda ella fuego, pasión devoradora y desenfrenada. Y peligro...

CAPÍTULO V

El vestuario olía a sudor y a linimento.

Extendido sobre la camilla de masajes, un joven novato de los pesos ligeros, procedente del Harlem Box Club, se dejaba masajear los elásticos músculos por Rather Strong, mientras Dirty le llenaba la cabeza de recomendaciones.

—A otro no se lo diría, pero tu contrincante es de lo más marrullero. Buscará ganarte a los puntos y para eso usará los trucos más sucios. No te dejes llevar al cuerpo a cuerpo. En el *clinch* llevas las de perder, porque cuando el árbitro os separe el otro aprovechará para dejarte un recuerdo donde pueda pillarte. ¿Me entiendes?

El novato asentía, mientras Rather Strong le recomendaba que hiciera caso a su amigo Dirty, del que aseguraba sabía de boxeo más que nadie en mil millas a la redonda.

Todavía vestido, Buddy charlaba con Apolo Razzi de los combates que habían de sostener aquella noche. El italiano sería quien cerrase la velada enfrentándose con un prometedor peso pesado, al que sus fanes llamaban ya Black Bear, «oso negro».

—¿Crees que ese se caerá sin haberte tocado? —decía un tanto burlón Buddy, recordando los consejos que tanto le había prodigado el italiano.

—Por lo menos lo intentaré. Y si puedo —sonrió Apolo—, no dejaré ni que me despeine.

Luego, cambiando el tono, preguntó:

—¿Cómo te encuentras?

—¿Yo? ¡Estupendamente!

—No pareces estar muy en forma.

—Pues lo estoy. No te preocupes.

—No sé... —rezongó el italiano con gesto dubitativo—. Tienes unas ojeras que te llegan hasta el cogote. ¿Estuviste ayer con alguna fulana?

Buddy estuvo tentado por negarlo, pero viendo que era un

interés sincero lo que movía a su compañero, soltó un gruñido y respondió con un gesto afirmativo de cabeza.

—Tuve un ligue fabuloso —aclaró.

—¿No es la chica de siempre?

—¡Qué va! Esta es capítulo aparte.

—¿La conozco?

—Por lo menos la has visto en el gimnasio. ¿Recuerdas al *signore* Tomasso…?

Apolo frunció el ceño al tiempo que asentía con un gesto.

—¿Y a la pelirroja que iba con él? —siguió diciendo Buddy.

El italiano palideció y miró a su compañero como si este acabara de saltar del planeta Marte.

—No irás a decirme que tu ligue es ella, ¿verdad?

Buddy sonrió de oreja a oreja.

—Claro que lo es.

—¡Estás loco!

—¿Por qué?

—¡El Don te matará!

—No lo creas —sonrió Buddy muy tranquilo—. Él mismo me animó a llevarla a dar una vuelta por ahí y me largó varios papiros de cien para que pudiese invitarla a lo que ella quisiera. Y eso fue lo que hice: darle lo que pedía.

Apolo movió la cabeza con aire preocupado.

—Por lo visto vives en la inopia. Acercarse a esa mujer es más peligroso que meterse en un nido de serpientes de cascabel. ¡Y si no que se lo pregunten a sus últimos amigos! ¡A Theo Sanovicz por ejemplo!

Esta vez sí se mostró inquieto el puertorriqueño. Sujetó a su compañero por el brazo y preguntó:

—¿Qué sabes tú de Sanovicz?

—¿Yo? Pues, lo mismo que todos.

—¿Y qué es lo que saben todos?

—Que cuando bebía se iba de la lengua y eso suele traer malas consecuencias.

—¿Eso es todo?

—No, hay algo más. Pero has de jurarme que no se lo dirás a nadie.

—¡Te lo juro!

Apolo Razzi miró a su alrededor con aire precavido y, bajando el tono de voz, susurró:

—La noche antes de que muriese fue visto en el Strip Daisy. Estaba con tres fulanas y hablaba de polvo, de camellos, de tongos, de sobornos y también de mujeres. Presumió de haberse tirado a Sue, la amiga del Don. ¿Comprendes?

Buddy asintió, pero inquirió:

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque una de las fulanas que estaban con Sanovicz es amiga mía. Ella me contó que cuando Theo largó más de la cuenta, el *barman* hizo una llamada por teléfono.

—Llamaría a su madre... o a su mujer.

—¿Y por qué no a su padre, estúpido? A quien telefoneó fue a Don Tomasso.

—¿Estás seguro? ¿Te lo ha dicho también tu amiga?

—Con estas mismas palabras no, pero me contó que después de la llamada se dejaron caer por el Strip Daisy los hombres del Don. Ya sabes, Tonio Varetta, Ratone y Aldo. Los mismos que le acompañaban ayer en el gimnasio.

Ahora sí notó Buddy que le flojeaban las rodillas.

Aquellos tres tipos eran los que él vio en el Cadillac cuando se cargaron al charlatán de Sanovicz.

Apolo Razzi no se dio cuenta de la impresión que sus palabras habían causado en el puertorriqueño. Estaba mirando a Dirty Joe, que parecía haber terminado ya su sesión de consejos al novato.

—¿Lo sabe él? —le preguntó a Buddy, dándole un significativo codazo.

El puertorriqueño miró hacia Dirty y movió negativamente la cabeza, rezongando:

—No, no lo sabe. ¿Por qué había de saberlo?

—Hombre, es tu *manager*.

—Y las mujeres son cosa mía. Él no tiene por qué meter sus narices en mi vida privada.

El italiano soltó un resoplido.

—Eso Cuéntaselo a Dirty, no a mí.

—¿Es que no lo piensas así?

Apolo Razzi se encogió de hombros.

—Lo que yo piense o deje de pensar sí es cosa mía. Pero debo

hacerte una advertencia: Dirty te ha tomado a su cargo porque espera que sacará pasta contigo.

—Ya la está sacando.

—Sí, de momento. Pero si abusas de las tías te volverás de mantequilla y te pondrán KO con más facilidad con que se retuerce el cuello a un pavo en el Día de Acción de Gracias. Eso no le interesa a nuestro amigo Dirty; pero si a ello añades un lío con la amiga del Don, entonces ya puedes darte por acabado.

Buddy se encogió de hombros.

—Ahora sí creo que desvarías. A Dirty le importa un bledo con quién me acueste o deje de acostarme.

—¡Tú vives en la Luna!

—¿Cómo?

—Como lo oyes. ¿Es que aún no sabes quién manda aquí?

—Claro que lo sé. ¡Duck!

La carcajada de Apolo fue estentórea, tanto que hizo se volviesen hacia él los demás ocupantes del vestuario. Dirty se dio cuenta de que aún estaban vestidos y les gritó:

—¡Eh, vosotros! ¡Desnudaos! ¡Es esta noche y no el mes que viene cuando tenéis un combate!

El italiano se apresuró a contestar que no se impacientase y que en pocos segundos estarían listos. Pero luego, acercando su cara a la de Buddy, murmuró:

—Duck no es más que un fantoche, un hombre de paja.

—¿Cómo? ¿Un hombre de paja?

—Sí, macho, tal y como lo oyes. El verdadero dueño de esto, del gimnasio, y de media docena de locales por el estilo, es el *signore* Tomasso. Los demás son simples comparsas.

Buddy abrió mucho los ojos y tragó saliva.

—Entonces... yo...

—Sí, amigo. Te has metido en un lío y de los gordos.

El puertorriqueño se mordió el labio inferior y no replicó. Aquello hacía que su situación fuera aún más difícil.

Primero estaba lo de Theo Sanovicz, de cuya muerte él era testigo. Y lo segundo era lo de Sue...

—¡Maldita sea! —exclamó rabioso—. ¡En qué mala hora se me ocurriría meterme en estos berenjenales!

Pero comprendiendo que su integridad física y su vida podían

estar en juego, Buddy no le contó a su amigo la verdadera causa de sus problemas. En vez de ello se desnudó para ponerse el calzón corto y se tendió en la camilla a fin de que Rather Strong le masajeara los músculos, que, repentinamente, parecían habérsele agarrotado.

* * *

El negro novato de los pesos ligeros se había desembarazado de su contrincante antes de que terminase el tercer *round*. Fue un directo fulminante, que alcanzó al otro en la barbilla y le lanzó contra las cuerdas. El novato actuó como le había aconsejado Dirty y se disparó como un huracán contra su adversario, demoliéndole rápida y espectacularmente. El veterano marrullero cayó a sus pies y quedó en la lona con los brazos abiertos, sin fuerzas para apoyarse en los guantes para tratar al menos de arrodillarse y ponerse en pie.

El árbitro contó hasta diez proclamando después la victoria del novato; este sonreía, lo mismo que su amigo Rather Strong, el cual saltó al cuadrilátero para ayudarle a bajar, entre los clamores entusiásticos de los numerosos aficionados de Harlem, que habían acudido atraídos por la propaganda que les anunciaba la aparición de una nueva estrella de color.

Buddy felicitó al joven negro cuando este regresó al vestuario. Y también a Rather, que no cabía en su pellejo de orgullo.

El puertorriqueño se apretó el cinturón de su bata, de un azul brillante, en cuyo dorso podía verse el distintivo del Yoker Duck. Luego, con paso elástico, se encaminó hacia el cuadrilátero y subió al rincón que le correspondía, donde ya le aguardaban sus cuidadores, los *cornermen*.

Buddy se agarró a las cuerdas para hacer algunas flexiones, en tanto su contrincante llegaba a su vez al *ring*. El puertorriqueño dirigió la mirada a la cuarta fila, esperando ver allí a Luella, a la que había mandado dos entradas para que fuese acompañada por alguna amiga de la oficina.

Las dos sillas estaban vacías.

«No ha venido… Se ve que no le importa lo que me pase o deje de pasar aquí».

Cambió de posición y, de espaldas al rincón, miró a donde Sue le

había dicho que estaría con el *signore* Tomasso.

Ella sí se encontraba allí. Sonriéndole.

Pero también estaba Tonio Varetta al lado del Don.

A Buddy le sorprendió no ver ni a Aldo ni a Ratone. Buscó con la mirada en las filas de atrás, sin verles. Hasta que al fin se le ocurrió mirar a la puerta de acceso. Allí estaban los dos, alerta, vigilantes, guardando las espaldas de su patrón.

Todo aquello le parecía ya algo normal al puertorriqueño.

Sin embargo, un sexto sentido le indicó que algo no funcionaba bien del todo.

Volvió a mirar a la fila donde estaba el Don con Sue, y sintió el peso de la mirada gélida de Tonio Varetta clavada en él.

Un sudor frío perló la frente de Buddy.

«Me ha reconocido —pensó—. Al fin se habrá acordado de dónde me vio la última vez antes de encontrarme en el gimnasio. ¡Ahora ya sabe que soy el testigo que vio cómo eliminaban a Sanovicz!»

Notando que sus rodillas le flaqueaban, Buddy se volvió de cara a su rincón. Examinó instintivamente el cubo, la esponja, el protector bucal, las pomadas… pero la verdad era que no veía nada de todo aquello. Los músculos de sus piernas le parecían más flojos que nunca y un vacío impresionante se adueñaba de su cabeza.

Buddy volvió a mirar a la cuarta fila.

Ahora sí estaba allí Luella, con su amiga. Esta última alzó una mano para hacerle un saludo amistoso, al que él correspondió forzando una sonrisa.

Luella no le saludó.

Desde el rincón, Buddy vio que en sus ojos había una mirada triste, como si de antemano le doliesen ya los golpes que él podía recibir durante el combate.

A continuación se iniciaron los trámites de rigor. El anuncio de los pesos y nombres de los púgiles. Los correspondientes aplausos y silbidos con que los fanes de uno y de otro acogieron la presentación. Las advertencias del árbitro a los boxeadores. La consabida voz de «segundos fuera». El avance de ambos contrincantes al centro del cuadrilátero, para rozar sus guantes de un gesto de saludo, el *gong*…

Y dio comienzo a la pelea.

Dirty le había dicho al puertorriqueño, antes de que se iniciara el combate, que su rival no era de cuidado. Pero a Buddy le pareció que iba a habérselas con un coloso, de musculatura recia y brillante. Un auténtico campeón. Un tipo duro salido del Bronx, de la calle Charlotte, que había empezado peleando en la calle para saltar luego al *ring*, donde sus ganas de lucha tenían justificación y le eran pagadas en buenos y sustanciosos dólares.

Salvando las distancias, aquel chicano que se hacía llamar Pancho Tornado había salido de la nada, del hambre y la miseria, igual que él. Tenían en común el origen y la ambición. Pero Dirty le aseguraba que él, Buddy, era quien tenía más posibilidades.

—Todo es cuestión de que no te descuides, hijo —le había advertido— y pegues a distancia. Rómpele la guardia primero y machácalo después. Pero no te confíes. Es un tipo que encaja bien.

Buddy podía estar de acuerdo con su *manager* antes de empezar el combate, pero después de haber captado la mirada asesina de Tonio Varetta las cosas habían cambiado para él.

Cambiado de un modo radical.

Técnicamente aquel Pancho Tornado era casi una nulidad, pero Buddy tenía las rodillas de mantequilla, los músculos flojos como fideos cocidos, el estómago encogido como si hubiera pasado hambre todo un mes y los reflejos de un oso en estado de hibernación.

Un desastre de boxeador.

Una auténtica calamidad.

La mayoría de los golpes que le propinó Pancho Tornado alcanzaron al puertorriqueño como si hubiese olvidado que había algo llamado guardia y que podía cubrirse.

Un par de veces intentó Buddy refugiarse en el *clinch*, pero fue para ser atrapado a la salida con soberbios *uppercuts*, que el chicano le atizó contundente y eficazmente.

Al final del primer *round*, Buddy se sostenía en pie por milagro, con la cara hecha migas y una ceja partida.

Dirty soltaba venablos mientras le curaba con el lápiz hemostático.

—¿Puede saberse qué te pasa? ¿Desde cuándo no puedes con un saco de huesos mal forrados de carne como es el chicano ese?

El árbitro se acercó al rincón para examinar la herida y

preguntar a Dirty si su chico iba a continuar el combate. El *manager* asintió con un gruñido y, cuando el otro se alejó, rezongó:

—Tienes que saber algo, hijo. El *signore* Tomasso ha apostado mucho por ti. Si le fallas...

Dirty dejó la frase en suspenso, pero el tono era de lo más significativo.

Casi por instinto, Buddy lanzó una mirada a las butacas ocupadas por Luella y su amiga. Ambas parecían asustadas, pero sobre todo aquella. Eso le hizo mucho más daño que los golpes que acababa de encajar y que le dolían en el cuerpo, pero no en el alma como la expresión de tristeza de Luella.

Buddy giró entonces la cara hacia las sillas que ocupaban el *signore* Tomasso, Sue y Tonio Varetta. La pelirroja hablaba en voz baja con el Don, como si lo que sucediese en el cuadrilátero la tuviese sin cuidado. El Don le contestaba, pero en su rostro había algo preocupante, una expresión de disgusto. En cuanto a su factótum permanecía impasible en su asiento y su mirada continuaba siendo de fría condena.

La mirada del verdugo que sabe no tardará en ejecutar al reo.

Y el reo era él: Buddy Rodríguez.

El puertorriqueño se daba perfecta cuenta de que las cosas se estaban poniendo cada vez peor para él.

Si perdía el combate, el *signore* Tomasso se disgustaría mucho y eso encerraba indudablemente un serio peligro: a los hombres como él no les hacía ni pizca de gracia perder un dinero que dan por seguro. Y suelen hacer algo que sirva de lección a los demás, para que la cosa no se repita.

Si ganaba...

Tonio Varetta no le daría tiempo para saborear el triunfo.

Eso también estaba claro.

¿Qué podía hacer?

Antes de que Buddy pudiera responder a aquella pregunta, sonó el *gong* anunciando el comienzo del segundo *round*.

Los *cornermen* saltaron de sus respectivos rincones mientras ambos púgiles avanzaban hacia el centro del cuadrilátero.

Pancho Tornado comenzó a brincar alrededor del puertorriqueño lanzando algunos golpes, amagando otros, mostrándose demasiado cauto para la ventaja que llevaba ya sobre

su contrincante.

Algunos del público comenzaron a silbar y se oyeron voces de tongo, tongo…

A Buddy le parecía que la figura del chicano estaba protegida por una especie de nebulosa. La veía distante, hasta que de pronto se le acercaba y le atizaba un golpe que le hacía tambalearse, sucediéndose después un aluvión de golpes, que él solo podía terminar refugiándose en el *clinch*.

Al salir de uno de aquellos «abrazos», protestado de manera estrepitosa por el público, Buddy encajó un tremendo derechazo en el costado, sin siquiera advertirlo. Instintivamente esquivó un gancho y paró con el codo un directo a la cara, pudiendo meter su puño a través de la guardia del chicano, alcanzándole a este en mandíbula.

Buddy había olvidado por completo las advertencias de Dirty, No se acordaba de que su *manager* le estuvo aconsejando que descargara los golpes, de forma que el chicano se diese cuenta de que sus puños eran más contundentes y demoledores.

El púgil del Bronx inició un «baile» y buscó la pelea a distancia. Amagó algunos golpes, pero sin atreverse a buscar el cuerpo a cuerpo y disparar un golpe definitivo. Sin embargo, los pocos que metía hicieron bajar la guardia de Buddy, con lo que el chicano comprendió que podía atreverse a más.

Pancho Tornado hizo un amago con la zurda y acompañó el derecho con el hombro, alcanzando a Buddy en la mandíbula, rompiéndole la piel hasta el hueso. A continuación, sin darle tiempo casi para respirar, el puertorriqueño encajó una serie de *crochets*, de derecha e izquierda, que convirtieron su cara en un amasijo rojizo y sanguinolento.

Viendo que Buddy apenas si reaccionaba, el público rugió furioso, y sobre todo aquellos que habían apostado por él.

En ese momento sonó el *gong* y el puertorriqueño pudo librarse de caer sobre la lona, aunque al volver a su rincón lo hizo tambaleándose y vacilante como si no pudiera sostenerse sobre sus pies.

CAPÍTULO VI

Buddy se dejó caer materialmente en la banqueta que sus *cornermen* habían subido a su rincón, con el cubo, la toalla y la esponja. Rather Strong recogió el protector bucal y le pasó la botella de agua. El boxeador bebió un largo trago y escupió más de la mitad en el cubo. Trató de seguir bebiendo, pero Dirty se lo impidió.

—¿Se puede saber qué diablos te pasa?

—Ni yo mismo lo sé. Boxea mejor de lo que imaginaba.

—¿Quién? ¿Ese? —estalló el *manager*—. ¡Pero si hasta un tullido podría pegarle una paliza!

—No. Pega duro.

—Lo que ocurre es que te estás dejando pegar como un cochino paquete, sin que hagas nada para devolverle los golpes. ¡Ni lo has intentado siquiera!

—Lo siento, Dirty, de verdad...

El *manager* le miró suspicaz.

—Habla claro, hijo. ¿Has vendido la pelea?

—¡Tú estás loco!

—No sé si lo estoy yo o lo estás tú, pero de otro modo no me lo explico. Y me temo que el *signore* Tomasso debe estar pensando lo mismo. Apostó mucho a tu favor y...

Dirty se mordió el labio al descubrir, de reojo, que Tonio Varetta se había levantado de su asiento y se encaminaba a su rincón. El *manager* intuyó lo que aquello representaba y rezongó:

—Si continúas así creo que vas a meterte en un lío, hijo. Y lo sentiré por ti.

Haciendo como que no se daba cuenta de que el factótum del Capo se acercaba a ellos, se puso a aplicar el lápiz hemostático en las heridas que Buddy tenía en la cara, mientras Rather Strong le masajeaba los músculos tratando de devolverles algo de vigor y elasticidad.

Varetta apoyó la mano derecha en la esquina del cuadrilátero y,

mirando significativamente a Dirty, preguntó:

—¿Crees que puedes aguantar todo el combate?

El interrogado asintió con un gruñido.

—¿Y ganar? —insistió el siciliano.

Dirty se encogió de hombros.

—Podría haber tumbado ya a ese Pancho de haber querido. El chico tiene dinamita en los puños, mientras que el otro…

Varetta frunció el entrecejo y susurró:

—El *signore* Tomasso piensa que ha podido vender la pelea. ¿Puede ser?

El *manager* negó con energía.

—Es incapaz de una cosa así, pero le sucede algo y no sé qué es. Y me huelo que no está relacionado con el boxeo.

Varetta curvó sus labios en una mueca y giró la cara hacia el púgil que estaba pendiente de lo que hablaban.

—Pienso que yo sí lo sé. Y tú también, ¿verdad, paquete?

El puertorriqueño no dijo nada.

Buddy ni siquiera pestañeó.

Se limitó a esperar que el otro descubriese el juego.

Eso, en el caso de que lo hubiese.

Varetta le hizo seña para que se inclinase hacia él. Luego le habló al oído, para que los *cornermen* no le oyesen.

—Ya recuerdo dónde te vi… de madrugada. Y tú sabes que lo sé. Es por eso que estás nervioso como un flan, ¿no es cierto, paquete?

Buddy continuó en silencio, pero sus ojos miraban fijamente al siciliano, esperando a saber adónde iba este a parar.

—El *signore* Tomasso no está precisamente muy contento de cómo va este combate. Él apostó por ti y no le gusta perder. ¿Entiendes?

El puertorriqueño hizo un gesto de asentimiento.

—Bien. Sobre eso ya sabes lo que tienes que hacer: machacar al chicano. ¿Está claro?

Buddy volvió a mover la cabeza afirmativamente.

El siciliano le palmeó y dijo:

—Después está lo otro…

La mirada del púgil se fijó interrogativa en los ojos del siciliano, fríos y acerados como nunca.

—Eso podrá arreglarse… si ganas, claro.

—¡Ganaré!

Varetta sonrió abiertamente y volvió a palmear al boxeador.

—Así se habla, paquete. Hazlo y verás que todo tiene arreglo. Lo único que no tiene remedio es la muerte. ¿Comprendes?

Buddy tragó saliva y respondió con un sí, apenas audible.

En aquel momento se dio la señal para que comenzase el tercer *round*. Los segundos saltaron de sus rincones y los púgiles avanzaron hacia el centro del *ring*.

Pancho Tornado estaba seguro de tener la victoria en la mano y dejó a un lado la prudencia, atacando con saña al puertorriqueño, al que creía tener ya vencido.

Se equivocó de medio a medio.

Antes de que pudiera darse cuenta, ya Buddy le disparaba un puño contra el costado que le hizo tambalearse y resollar. El puertorriqueño fue tras él, buscándole sañudo. Pancho alzó los guantes, a la altura de la cara, sin ver que con ello levantaba la guardia.

Aquella era la oportunidad buscada y provocada por Buddy.

Sin apenas moverse, el puertorriqueño soltó el puño derecho y Pancho tuvo la impresión, durante un segundo, de que acababa de atropellarle un tren.

Los ojos del chicano se nublaron al tiempo que su cabeza parecía estallarle. La izquierda demoledora de Buddy acababa de darle en plena cara, derribando al púgil que, sin sentido, se estrelló contra la lona.

Buddy dio unos brincos en torno al caído, mientras el árbitro le hacía apartarse para iniciar la cuenta.

—Uno… dos… tres…

El puertorriqueño miró a la fila cuatro, donde estaba Luella con su amiga. Vio que las dos sonreían, pero adivinó que en los ojos de su amada había un brillo de lágrimas.

—Cuatro… cinco… seis…

Buddy giró la cara hacia donde estaban el Don con Sue y Varetta. Este alzó el sombrero, como si le saludara.

El puertorriqueño respiró hondo.

«Asunto arreglado —pensó—. Ahora ya no tengo nada que temer. He cumplido como esperaba el Don».

El árbitro llegó al diez, y sujetando la muñeca de Buddy le hizo

levantar el brazo, proclamándole vencedor por KO.

Su combate había terminado.

Aquel, pero…

* * *

Buddy saltó fuera del *ring* y se dirigió al vestuario entre los gritos y aclamaciones del público. Se dejó caer sobre la camilla para que Rather se ocupase de él, mientras Dirty le endilgaba una retahíla de reproches y reconvenciones, entre las que se mezclaban las felicitaciones y las preguntas.

El *manager* le repetía que él llevaba todas las de ganar desde el primer momento, como acababa de demostrarlo en el tercer *round*. Quería saber también por qué hizo el idiota en los dos primeros asaltos. Y al fijarse en el silencio de Buddy, recordando que Tonio Varetta le había dicho unas palabras al oído, inquirió:

—¿Era algo relacionado con el Don?

Buddy le miró con ojos cansados. Sin responder.

El *manager* creyó entender y se mordió el labio inferior.

—Comprendido, hijo. Vale más tener la boca cerrada para que no entren moscas. No diré nada más.

En ese momento entraron en el vestuario el *signore* Tomasso, con Sue y su inseparable Tonio Varetta.

—Felicitaciones, Buddy. Me hiciste pasar un mal rato en los dos primeros asaltos, pero valió la pena. ¿Verdad, Tonio?

—Desde luego —respondió Varetta, sonriendo igual que una hiena al olor de la carroña—. Valió la pena.

—¿No vamos a celebrarlo? —preguntó Sue, la cual, descuidadamente, había puesto su mano derecha sobre el sudoroso hombro del púgil—. Prometiste que si ganabas habría champaña y *whisky* a gogó.

El Don sonrió.

—Bueno, quien ha ganado es él, pero tienes razón. Yo invitaré. Arréglate, muchacho —añadió dirigiéndose a Buddy—. Cenaremos en el Ristorante Famagusta y brindaremos por tu victoria.

Buddy estaba mirando al Don, que acababa de abrir su billetera y sacaba de esta varios billetes de cien.

—Toma. Esto es un premio a la combatividad —le dijo sonriente

—. No tiene nada que ver con lo que has ganado al dejar KO a ese chicano. ¿Vale?

El puertorriqueño se deshizo en palabras de agradecimiento y acompañó al Don hasta la puerta, donde vio cómo Sue le hacía un guiño de complicidad, de invitación…

Eso impidió que viese cómo Tonio Varetta torcía el gesto al oír lo de la invitación a cenar en el restaurante.

Sin embargo, quien sí lo vio fue Rather, el negro, que puso la misma cara que si hubiese visto una cruz flameante del Ku-Klux-Klan.

«Este tipo no trama nada bueno… Habría que avisar a Buddy o antes de que se dé cuenta estará en el fondo del Hudson, con un zapato de cemento en los pies».

* * *

El negro remoloneó, mientras Dirty recogía sus cosas. Ya se disponía a hablar con el puertorriqueño cuando volvió a abrirse la puerta del vestuario y entra ron en este Luella y su amiga.

—¡Oh, qué mal huele aquí! —exclamó la compañera de Luella, quedándose junto a la puerta.

Luella corrió a abrazar a su hombre.

—¿Cuánto me has hecho sufrir! ¡Cómo te pegó aquel bárbaro! ¡Te ha dejado la cara como un mapa!

Buddy forzó una sonrisa.

—Al final gané yo, que era lo que se trataba de conseguir, y en cuanto a lo otro… él ha salido peor parado que yo.

—¿Tú crees? —preguntó ella, pasando su mano por la cara tumefacta del boxeador.

Rather Strong carraspeó para llamar la atención de boxeador. El puertorriqueño volvió la cara hacia él que le guiñó un ojo significativamente.

Comprendió lo que él quería darle a entender.

—Lo siento, Luella, pero tengo que vestirme.

—¿Te espero fuera?

—No.

—¿Es que no vamos a celebrar juntos tu triunfo?

Buddy carraspeó desazonado.

—Verás... Antes estuvo aquí el gran patrón, el *signore* Tomasso, y da una cena en mi honor. No puedo desairarle.

Ella hizo un mohín de disgusto.

—¿Cuándo te veré?

—Luego.

—¿Y cuándo es luego?

—Después de la cena. En cuanto me libre de la celebración. Te prometo que correré a tu casa... y lo pasaremos en grande.

Luella le miró con ojos brillantes.

—¿Seguro?

—¡Te doy mi palabra de honor!

La muchacha se empinó para besarle en los labios y apretarse contra el cuerpo musculoso de Buddy. Él correspondió a la caricia y la estrechó con fuerza. Luella sintió cómo reaccionaba vigorosa la virilidad del boxeador.

Eso le satisfizo y la halagó.

La pasión con que Buddy respondía a sus besos, a su abrazo, borró los recelos de la joven.

Aquello era como un anticipo que anunciaba lo placentera que iba a ser el resto de la noche... cuando volvieran a estar juntos, cuando hiciesen nuevamente el amor.

Luella se resignó al aplazamiento y retrocedió hasta la puerta, donde la esperaba su amiga, que la miraba con cierta envidia. Tiró un beso a Buddy con la punta de los dedos y se despidió.

—Hasta luego, amor. Ven lo antes que puedas.

—Sí, cariño. Lo estoy deseando.

Ella le miró complacida, enamorada, de pies a cabeza, deteniéndose debajo de la cintura.

Luella se pasó la lengua por los labios y sonrió con picardía.

—Lo sé, mi amor. Lo sé... y lo estoy viendo.

Después, cogiendo del brazo a su amiga, soltó una carcajada y se marchó de allí.

* * *

—Buena chica —comentó Rather cuando las dos muchachas le hubieron dejado solo con el puertorriqueño.

—Sí, amigo. ¡De lo mejor!

Buddy abrió el armario metálico y empezó a vestirse, extrañado de que el negro no se hubiese marchado ya, como había hecho Dirty, y tal como acostumbraba al término de un combate.

—¿Sucede algo, Rather?

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Me extraña verte aún aquí.

—¿Es que te molesto?

—Claro que no, pero parece como si esta noche no tuvieras prisa en largarte.

—Y no la tengo, es verdad.

Rather había ido hasta la puerta del vestuario y echó una ojeada al corredor, comprobando que estaba desierto.

Eso pareció tranquilizarle.

—Pensé que hacía bien quedándome contigo un rato más —dijo, volviéndose hacia Buddy, pero sin separarse de la puerta—. Te acompañaré al restaurante.

—Pero tú...

—No, no temas —cortó el negro, haciendo una mueca—. No pienso entrar, ni se me ha pasado por la imaginación quedarme a cenar allí. Sé que no estoy invitado como Dirty. Pero prefiero dejarte en la puerta. Luego me iré.

Buddy le miró receloso.

—¿A qué se debe esa repentina preocupación por mí? ¿Es que además de cuidarme en el *ring* y en los entrenamientos quieres ser también mi niñera?

El negro tragó saliva. Pareció como si se estrujase el cerebro antes de decidirse a hablar. Echó otra mirada al corredor y luego le espetó al puertorriqueño:

—A ti te pasa algo con Varetta. ¿Qué es?

Buddy se puso en guardia al instante.

—¿A qué viene eso? ¿Qué significa esa pregunta? ¿Qué es lo que sabes?

Rather retrocedió un paso y abrió ambas manos, mostrando sus palmas rosadas, que contrastaban con el negror de su piel.

—No sé nada, Buddy. ¡Palabra! Por eso mismo te pregunto.

El puertorriqueño le observó cada vez más receloso y Rather se apresuró a añadir:

—Te aseguro que no sé nada, pero...

—¿Pero, qué?

—Me he dado cuenta de que Varetta te miraba con cara de pocos amigos. Mejor dicho, como si te tuviera atravesado.

Buddy trató de disimular.

—Quizá no le caigo bien.

—No. No es eso —negó el masajista moviendo la cabeza—. Me di cuenta de que al acabar el segundo *round*, cuando vino al rincón, te habló en voz baja. No sé lo que te dijo, pero hasta entonces te habías dejado pegar y de pronto cambiaste. Liquidaste a Pancho en un santiamén. Y eso tuvo que ser por algo que él te dijo.

—No diré que no —sonrió forzadamente Buddy.

—De acuerdo. Pero luego, cuando el Don vino aquí a felicitarte y él oyó que iba a dar una fiesta en el Famagusta, puso la misma cara que si le hubiese picado un alacrán.

—¿Y qué?

—Que aquello parecía no gustarle porque debía estropearle unos planes, los suyos, pero que te concernían a ti.

Buddy trató de fingir indiferencia.

—Tal vez tuvo celos...

Rather Strong volvió a hacer un gesto negativo.

—Él es un hombre de confianza del patrón. No puede tener celos de alguien como tú... aunque te acuestes con la pelirroja.

—¿Tú sabes que yo... y ella...?

La inquietud de Buddy saltaba a la vista. El negro rio con ganas al tranquilizarle en ese sentido.

—Lo sabemos muchos en el barrio, pero eso no ha de preocuparte. Alguien te vio entrar con ella en el Vestry. Otros os vieron cuando la acompañaste a casa del Don. Pero ya te digo que eso no es cosa que deba inquietarte mientras el *signore* Tomasso te considere una diversión para su amiguita.

—¿Tú crees que él...?

—Tranquilo, Buddy. Ni eres el primero ni serás el último. Y el Don lo sabe. Lo de Varetta tiene que ser algo distinto y mucho más grave.

Buddy recapacitó sobre aquellas palabras, dichas en el momento más oportuno. Comprendió que las dictaba la sensatez, la amistad y sobre todo la costumbre de vivir situaciones difíciles o peligrosas que, en aquel como en otros barrios por el estilo, eran el pan de

cada día.

El negro, dándose cuenta de que sus palabras habían hecho mella en su amigo, añadió:

—Escucha, Buddy. Algunos me creen un tipo que está sonado y no tiene nada en el caletre. Puede que haya momentos en que no vea las cosas demasiado claras, pero hay algo que no me puede negar nadie. Conozco bien el mundo en que me muevo. No seré inteligente, pero sí soy pillo, y eso vale aquí mucho más que lo otro. ¿Te das cuenta?

Buddy asintió con un gruñido.

—Bien, muchacho —continuó el negro—. Si te has ganado la enemistad o el odio de Varetta te aconsejo que tengas mucho cuidado y no te fíes de él ni un pelo. ¿Entiendes, Buddy? ¡Ni un pelo!

El puertorriqueño volvió a tragar saliva y miró con fijeza a Rather, preguntándole:

—¿Quieres decir que no cumple lo que promete?

—¿Cumplir Varetta una promesa? —rio el negro—. ¡Ese tipo sería capaz de vender a su madre y a su hermana si con ello sacaba un beneficio!

Buddy se mordió el labio inferior y frunció el entrecejo. Empezaba a pensar que el negro tenía razón.

«Me he dejado llevar al huerto como un pipiolo. Si vino a hablar conmigo después del segundo asalto fue para evitar que el Don perdiese el dinero que había apostado por mí. ¡Solo por eso! Pero en lo que respecta a lo otro… ¡eso sigue igual!».

El puertorriqueño se sintió incómodo.

Continuaba siendo un testigo molesto.

El testigo de un asesinato.

Por eso le estorbaba a Tonio Varetta y por eso mismo este debía haber pensado que lo mejor era quitarlo de en medio de una vez por todas.

Sí, se dijo el boxeador, aquello debía ser lo que estaría pensando el factótum del *signore* Tomasso cuando fue a hablarle después del segundo *round*, cuando fingió que estaba dispuesto a olvidar…

Buddy le tendió su diestra al negro, que la estrechó con fuerza, y le dijo:

—Gracias por el aviso, Rather. No lo echaré en saco roto. Puedes

estar seguro de ello.

—Eso ya está mejor.

—Pero no me acompañes —indicó el puertorriqueño sujetándole por el brazo—. Si de verdad hay algún peligro lo correré solo. No tienes que meterte en líos por mi culpa.

—¡Ni hablar! —protestó Rather—. Los amigos estamos para algo y yo... so soy tu amigo, ¿verdad, Buddy?

Había ansiedad en la voz del negro.

—Sí lo eres, Rather —dijo Buddy poniendo una mano en su hombro—. Y acabas de hacerme un gran favor.

—Entonces no se hable más. ¡Iré contigo!

—Bueno, como quieras.

Y los dos hombres, el puertorriqueño y el negro, salieron del vestuario para ganar el callejón, donde Varetta y sus amigos podían haberle preparado una encerrona a Buddy.

Pero no...

El callejón estaba completamente desierto.

CAPÍTULO VII

Tonio Varetta se adelantó al Don y a Sue con el pretexto de que el Cadillac les esperase delante de la puerta principal. Ratone y Aldo le salieron al encuentro, pero aquel les habló entre dientes y en voz baja, con rabia mal contenida.

—¡Al coche, aprisa!

—¿A cuál? —preguntó Aldo—. Ratone ha traído uno con un par de muchachos para darle un paseo a ese paquete.

—Diles que de momento la cosa se aplaza.

—¿Cómo? ¿Se aplaza? —preguntó Ratone poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué ha pasado? —rezongó Aldo.

Varetta hizo un gesto de impotencia.

—El Don no ha tenido mejor idea que la de dar un banquete al ganador del combate. ¡Como estaba perdiendo pasta y ahora ha ganado quiere celebrarlo!

—Entonces, lo del paseo… —insinuó Ratone.

—Tendremos que dejarlo para después.

—¿Qué les digo a los muchachos? —insistió Aldo.

—Solo que se ha cambiado la hora. Tendrán que esperar a que les llamemos. Diles que compren un par de botellas y se queden en el coche, esperando. Vamos a cenar en el Famagusta. Cuando la juerga termine nos ocuparemos del paquete ese. ¿*Capito*?

Sus dos compinches respondieron con sendos gestos de asentimiento, pero cuando Ratone hizo ademán de irse con Aldo, Tonio le retuvo por el codo.

—Quédate conmigo. Tú conducirás. Aldo se basta y se sobra para arreglar lo de los muchachos.

Y, mientras el otro se alejaba, le gritó:

—¡Y no te dejes ver!

Ratone dejó escapar un gruñido de descontento mientras iba a ocupar su puesto al volante del Cadillac. Al conducir el coche del patrón no podría echar un trago, mientras que los otros…

Mientras, Varetta iba ya al encuentro de su jefe y de Sue, que acababan de salir y esperaban les recogiese con el coche.

—Todo en orden, *signore* —dijo Tonio con la más obsequiosa de sus sonrisas—. He avisado a Aldo para que vaya a echar una ojeada al Famagusta, para no tener ninguna sorpresa.

—Bien hecho, Tonio. Así me gusta, que seas precavido.

—Es lo natural, *signore*.

El Cadillac se detuvo junto al trío.

Tonio abrió la portezuela para que entrase el Don. Luego lo hizo Sue, que estaba acostumbrada ya a ser siempre relegada a segundo término. Varetta cerró la puerta y dio la vuelta al coche para sentarse junto a Ratone, que había mantenido el motor en marcha, por lo que en cuanto Tonio le dio la orden de marchar, salió zumbando hacia la Greenvich Avenue en cuya confluencia con la Octava estaba el Ristorante Famagusta donde iba a tener lugar el banquete en honor del vencedor de la noche: Buddy Rodríguez.

* * *

Al entrar en el establecimiento, su dueño se precipitó al encuentro del Don y sus acompañantes.

—¿Viene a cenar, *signore* Tomasso?

—Sí, Guido. Y traigo unos amigos, pero vendrán más. Quiero dar una fiesta a uno de mis boxeadores. El chico se ha portado bien y me ha hecho ganar un buen dinero.

—Tendrán la mejor mesa. Y vino del especial, del que solo sirvo a los amigos.

—¿Corvo... Falerno... Frascati?

—¡Naturalmente, *signore*! Y Marsala y Malvasía de Lipari. ¡Lo mejor de lo mejor para el *signore* Tomasso!

El Don sonrió halagado y palmeó la espalda del dueño del restaurante, al tiempo que le decía en tono amistoso:

—¿Sabes lo único que no me gusta de tu *ristorante*?

El otro soltó una carcajada.

—Lo sé, *signore*. No le gusta el nombre. Pero... en Famagusta conocí a la madre de mis hijos y gané un buen dinero. Y yo soy un hombre agradecido.

—Está bien, Guido. Esa es una gran virtud en un hombre.

Obedientes a las señas del dueño del restaurante, los camareros habían dispuesto ya, con toda rapidez, la mesa para el banquete. Naturalmente, el Don ocupó la cabecera, situándose a su derecha Sue y a la izquierda Varetta.

El propietario del Famagusta dirigió una mirada en torno suyo, verificó que ya estaban sobre la mesa las copas para el aperitivo y que las botellas de Martini, el Cinzano Amaro y el Punt-e-mes hacían su aparición para que se sirvieran los clientes, al tiempo que les seguían platos con jamón, salame y olivas negras.

—¿Qué le apetece cenar al *signore*? —preguntó el siempre obsequioso Guido.

—Lo dejo en tus manos. ¡Sorpréndeme!

—En ese caso... ¡se chupará los dedos! ¡Palabra!

Y sin detenerse a pensarlo, el dueño del Famagusta corrió a la cocina para ordenar al cocinero preparar macarrones a la siciliana, alcachofas rellenas, pajaritos fritos con cebollitas al horno, y con un pinche bajó a la bodega donde tenía anguilas vivas, a las que el propio Guido cortó las cabezas mientras se retorcían en sus manos, dándoselas al pinche para que se las subiese al cocinero y las friese en la sartén con aceite puro de oliva, cortadas en buenos trozos.

Dirty Joe y Duck entraron juntos y fueron a ocupar los sitios en la mesa que les señaló el Don, al lado de Varetta. Cuando llegó Apolo Razzi, Sue le indicó dejara un lugar vacío entre él y ella.

—Es para el homenajeado, ¿sabes? —le explicó.

—¿Se refiere a Buddy?

—Claro. ¿A quién si no?

La mujer miró al reloj de pared y murmuró:

—Por cierto, está tardando mucho.

Apolo dirigió una mirada escrutadora al factótum del Don, como si pensara que este podía tener algo que ver en la tardanza de su compañero, pero Varetta sostuvo el peso de aquella mirada sin inmutarse. Él estaba seguro de que a Buddy no le había sucedido nada...

De momento al menos.

Las copas de aperitivo seguían vaciándose y también los platos con las tapas, cuando entró Buddy, al que recibió el Don con un saludo amistoso.

—Pasa, muchacho. Siéntate al lado de Sue. Ella te estuvo

guardando el sitio. Y te echaba de menos, ¿verdad, muñeca?

Sin esperar respuesta de la pelirroja, el Don soltó una risotada y llamó a Guido:

—¿A qué esperas para servir la cena? Ya estamos todos.

—Solo unos minutos más, *signore*. Y mientras tanto...

El patrón del Famagusta dio unas palmadas y al instante se dejó oír una vieja melodía napolitana.

Dos jóvenes entraron en el salón, tocando uno la guitarra y el otro una mandolina. El más joven se puso a cantar con voz abaritonada, que se hacía dulce al par que nostálgica.

Los comensales escuchaban en actitud de entendidos, casi de un modo respetuoso, porque sabían que eso le gustaba al Don. Solo Sue se fijaba más en el cantante que en su voz.

Moreno, con bigote recortado, cabellos rizados y tan negros como sus ojos...

Sue se relamió y dejó de prestar atención al boxeador. Ahora la traía el cantante.

El Don se dio cuenta enseguida e, inclinándose hacia su hombre de confianza, dijo divertido:

—La voz desbanca a los músculos, ¿no te parece?

—Mejor que sea así. Un cantante es fácil de manejar, mientras que un boxeador...

El *signore* Tomasso enarcó una ceja y miró con fijeza a Varetta, preguntándole incisivo:

—¿Qué insinúas?

—La verdad, *signore*. A un canario se le pisa un poco la cola y cierra el pico enseguida. A esos paquetes de músculos hay que darles otro tratamiento.

Ya serio, Don inquirió:

—¿Te has enterado de algo?

—Sí, pero no es nada grave... de momento.

—Habla claro.

Varetta se inclinó hacia su jefe.

—¿Recuerda a Sanovicz?

—Claro que me acuerdo de él. Tenía la lengua demasiado larga y tuviste que hacerle callar, ¿no?

—Exacto, *signore*.

El factótum del Don miró entonces aviesamente a Buddy.

—Yo sabía que había visto a ese paquete antes de aquel día en el gimnasio...

—¿Sí? ¿Y qué?

—Nos vio a Ratone, a Aldo y a mí cuando le dábamos el pasaporte a Sanovicz.

—¿Estás seguro?

—Claro que lo estoy y él también sabe que estoy enterado de que es un testigo... digamos molesto.

Luego, mientras su jefe digería lo que acababa de decirle, Varetta remachó el clavo:

—Fue por eso que en la velada de hoy falló en los primeros asaltos. ¡Tenía el miedo metido en el cuerpo!

—Pero luego peleó bien. ¡Ah! ya entiendo. Fuiste a hablarle y le tranquilizaste.

—Exacto, *signore* —sonrió Varetta—. Yo sabía que había apuestas importantes de por medio.

—Hiciste bien, Tonio.

Los dos hombres quedaron callados.

En la mesa corría el vino y se sucedían los brindis. El cantante estaba ahora al lado de Sue regalándola con sus mejores canciones. Ella le ponía los ojos tiernos, olvidándose de que a su lado estaba el homenajeado, que, por su parte, viendo cómo hablaban el Don y Varetta, no las tenía todas consigo.

La llegada de los primeros platos fue acogida con aplausos por los comensales. El *signore* Tomasso se esforzó por mostrarse alegre y animado, pero en los ojos brillaba una luz que no prometía nada bueno para alguien.

Y ese alguien, sin necesidad de que nadie se lo dijera, Buddy sabía que era él.

O, por lo menos, lo presentía.

Y, desde luego, no se equivocaba.

Entre bocado y bocado, el Don volvió a hablar con Varetta.

—Supongo que habrás pensado en la conveniencia de eliminar un testigo que puede ser molesto.

—Sí, *signore*.

—¿Cuándo piensas hacerlo?

Varetta respondió con un gesto ambiguo:

—Más tarde.

—¿No lo tienes dispuesto todavía?

—No sabía si después de la cena ese paquete se iría con Sue. Ella parece interesada por él.

El Don dirigió una rápida mirada a la pelirroja. Luego dijo a Varetta:

—Ya ves que eso ha pasado. Ahora la atrae el cantante. Ve y arréglalo todo. Los charlatanes están mejor en el fondo del río que paseando por la calle. ¿*Capito*?

—Sí, *signore*. Entonces, con su permiso, me ausentaré un momento —dijo el siciliano echando atrás su silla y levantándose de la mesa.

—Sí, Tonio. Haz lo que tienes que hacer. Y cuanto antes mejor. Estas cosas no deben postergarse.

—De esta noche no pasará, *signore*.

—Así lo espero.

Tonio Varetta sonrió con aire de suficiencia y se encaminó hacia la salida del restaurante, y desde allí se volvió para mirar a los comensales. No pudo evitar que un brillo homicida asomase a sus ojos al fijarse en el puertorriqueño.

Después salió a la calle, en donde le esperaban dos coches, separados el uno del otro. En el Cadillac estaba Ratone, rabiando por no participar en la fiesta y por no compartir las botellas que estaban vaciando los del coche negro apostado en la esquina.

Varetta se inclinó hacia la ventanilla y dijo:

—¿Todo bien, Ratone?

—Aburrido.

—¡Bah! Pronto te divertirás.

—¿Yo también?

—Sí. El patrón está enterado y quiere que dejemos solo al paquete. Ya sabes, con una bota de cemento no se puede denunciar a nadie desde el fondo del río.

Ratone rio entre dientes y pidió:

—¿Puedes darme una botella? ¡Tengo una sed!

—Sí, hombre. Le diré a Aldo que te traiga una.

—¿Cuándo empezará la función?

—Después de que se vaya el jefe. Tú le llevarás a casa y volverás aquí a toda pastilla.

—¿Y el paquete?

—Se quedará con nosotros, soplando. Ya me encargaré de que no le dejen irse. ¡Para algo el banquete lo da el patrón en su honor!

Ratone rio entre dientes.

—Más le hubiera servido una corona de flores que esa cena. Debe sentar mal que a uno le corten la digestión con un postre de plomo. Y más si luego te pegan un baño.

Los dos rieron con ganas, divertidos con aquellas bromas macabras, de las que el protagonista era un hombre al que creían confiado y tranquilo y del que no esperaban les causase más problemas.

Le sorprenderían...

Dejaría de vivir...

Y ya no sería un testigo molesto.

Así de fácil.

* * *

Kather Strong se despidió del puertorriqueño en la misma puerta del Famagusta. Se quedó quieto un momento viéndole entrar en el establecimiento y luego giró sobre sus talones. Anduvo unos pasos hasta situarse junto a una de las ventanas, que daba al salón-comedor. Desde allí vio cómo el Don agitaba una mano para saludar a Buddy y que este se sentaba al lado de la pelirroja.

El negro escupió al suelo despectivamente.

—Esa furcia... No vale ni para descalzarle un zapato a Luella. ¡Esta sí que es una mujer de verdad!

Se dio la vuelta y se quedó de espaldas a la ventana.

Entonces vio el Cadillac.

No le extrañó que Ratone estuviese allí, sentado al volante, puesto que eso formaba parte de sus obligaciones. Sin embargo, él no sabía exactamente de qué se trataba, pero había algo que no encajaba en aquello.

Rather se rascó el crespo cabello y se esforzó en pensar.

Al fin cayó en la cuenta.

Lo normal era que Ratone no estuviera dentro del Cadillac, sino fuera, vigilando.

¿Por qué no era así...? ¿Qué estaba esperando? ¿O a quién?

Rather no era ningún lince, pero, como él mismo había dicho,

conocía bien el mundillo en que se movía.

«Está esperando que salga Buddy. Le habrán preparado una encerrona, pero… ¿cómo es que está solo Ratone? Ese no es el estilo de Varetta y sus muchachos».

Instintivamente, el negro echó a andar calle abajo, como si se encaminara a la próxima avenida. Iba despacio, silbando entre dientes, como alguien que no tiene ninguna prisa y está dando un paseo. Pero en realidad tenía unas ganas locas de echar a correr para salir de allí cuanto antes… mientras pudiera hacerlo.

Al doblar la esquina dio todavía unos pasos hacia adelante, pero luego se detuvo y aspiró hondo.

Rather estaba casi seguro de que su amigo blanco, el puertorriqueño, se había metido en un lío del que iba a serle más que difícil salir sin que aquellos tipos le hicieran pedazos.

El negro volvió sobre sus pasos y caminó deprisa por la mal iluminada calle hasta ganar de nuevo la esquina. Una vez allí se detuvo y asomó la cabeza con precaución.

Entonces vio el segundo coche, en el que estaban Aldo y tres tipos más. Tenían los faros apagados, pero la luz de una farola les daba de refilón y Rather vio que estaban bebiendo, pasándose la botella del uno al otro.

—Esto ya empieza a encajar —rezongó.

Y el negro permaneció en la esquina, quieto, vigilante, sin apartar los ojos de los dos coches.

Una vaga neblina se alzaba del suelo húmedo dando un contorno irreal a las cosas. A Rather le entraron ganas de toser, pero se contuvo para no delatar su presencia. Y continuó en su puesto de observación dispuesto a ayudar al puertorriqueño que le había admitido como amigo.

En ese momento salió Varetta del restaurante y el negro notó que un estremecimiento le recorría la espina dorsal, como si alguien le hubiera echado un jarro de agua fría por la espalda.

Por los movimientos del siciliano, Rather adivinó lo que este preparaba. Le vio hablar con Ratone e ir luego al otro coche, para charlar con Aldo, regresando luego al restaurante.

El negro continuó inmóvil mientras el corpulento Aldo salía de su auto y le llevaba una botella de *whisky* al que estaba en el Cadillac, cuya voz chillona llegó hasta él cuando le dio las gracias al

otro por el regalo.

—Me estaba quedando frío.

—Más frío estará otro que yo me sé.

—Es verdad...

No dijeron más y Aldo regresó a su auto, para seguir bebiendo y esperando. Tampoco Rather necesitó oír más. Aquello era suficiente.

—Se ve que tienen para rato... —murmuró entre dientes, fijándose en que tanto los compinches de Aldo como Ratone seguían dándole buenos tientos a las botellas.

Aquello le dio una idea y, sin molestarse en pensarlo dos veces, el negro dio media vuelta y se alejó de allí a toda prisa.

Al doblar la esquina siguiente echó a correr.

Rather no miró atrás ni una sola vez.

¿Para qué había de hacerlo?

El negro se había fijado una meta, un objetivo, y ya nada ni nadie le podía detener.

CAPÍTULO VIII

Las copas de Grappa y de Maraschino se vaciaban con tal prontitud que no parecía sino que los comensales, terminada la cena, estuviesen compitiendo para ver quién liquidaba antes una botella.

El *signore* Tomasso, con la mejor y franca de sus sonrisas, se puso en pie y levantando la copa dijo:

—Por nuestro campeón. Larga vida y muchos triunfos. Que lo de hoy solo sea el principio de una gran carrera.

Todos los presentes corearon el brindis, incluido el propio Varetta que, como su patrón, alzó su copa y la vació de un trago.

Buddy encontró que aquello resultaba tranquilizador y empezó a pensar que Rather había exagerado respecto a Varetta. Este le pasó la botella invitándole a ponerse otra copa, volviéndose luego a mirar al Don que, sin haber vuelto a sentarse, felicitaba al dueño del Famagusta.

—El banquete ha estado muy bien. Como siempre.

—Favor que usted me hace.

—No, Guido, de verdad. Eres un artista y sé que cuando vengo a tu casa como igual que un cardenal.

Guido rio la comparación y preguntó—: ¿No le apetece un postre especial?

Don Tomasso movió la cabeza negativamente.

—Tengo algo que hacer y no puedo entretenerme más, pero mis amigos se quedarán. Agasájales como si fuera yo mismo. Y mándame la cuenta a mi despacho. ¿OK?

—Lo que usted mande, *signore* Tomasso.

El Don se volvió hacia Sue y preguntó:

—¿Te gustaría que el chico continuase cantando para ti esta noche, junto a nuestra ventana?

Ella parpadeó.

—Sí, claro. Tiene una voz preciosa.

—Bien. Entonces, que venga con nosotros.

Don Tomasso miró al dueño del restaurante y preguntó:

—¿Algún inconveniente?

—Ninguno, *signore*. Usted nos manda. Para Beppo será un gran honor dedicar sus canciones a la *signorina*.

El Don se volvió hacia Sue y sonrió.

—Ya oíste, *carina*. Para Beppo será un honor cantar para ti. Y ahora, vámonos.

Él se encaminó hacia la salida, pero cuando Varetta hizo ademán de seguirle, le detuvo con un gesto imperativo.

—Tú quédate, Tonio. Y cuida de que a mis amigos no les falte nada. Confío en ti.

—Vaya tranquilo, *signore*. Todo se hará como es debido.

—Estoy seguro. ¡*Ciao* a todos!

Y el *signore* Tomasso abandonó el restaurante seguido de Sue y de su nuevo capricho, el cantante con voz abaritonada.

* * *

Luella se contempló desnuda en el espejo del armario. Lo hizo con la satisfacción de quien se encuentra hermosa y apetecible. Estaba segura de que Buddy pensaba lo mismo y que de estar allí, a su lado, no permanecería mano sobre mano, mirándola.

—Ya habría saltado... —sonrió.

La muchacha revivió la sensación que experimentó cuando él la estrechó contra su cuerpo en el vestuario, vestido tan solo con aquel calzón corto que no podía disimular lo acuciante de su deseo.

Se relamió de placer anticipado.

Cada vez más nerviosa miró el reloj y murmuró:

—Se está retrasando... y eso que dijo que vendría lo antes posible. ¡El muy idiota! ¡Lo que se está perdiendo!

Luella encendió otro cigarrillo y fue hasta la ventana para fumar mirando a la calle. Por si le veía llegar. Estaba convencida de que ya no podía tardar.

Y sin embargo...

El tiempo pasaba sin que Buddy diera señales de vida.

—¿Qué estará haciendo? —se preguntó.

Pero ella no podía responder.

Ni tampoco imaginar a lo que Buddy se estaba enfrentando.

* * *

—No bebas tanto, Buddy —aconsejó Dirty—. Para mantenerte en forma hay que huir del alcohol como de la peste.

—¡Eres un aguafiestas! —protestó Varetta, acercando su botella de Grappa al púgil—. No tienes que hacerle caso. Hasta la semana próxima no volverá a boxear y, ¡qué demonios! una noche es una noche.

Buddy miró al uno y al otro. En los ojos de Dirty leyó un interés auténtico, en los de Varetta...

El puertorriqueño se acordó de los consejos y advertencias de Rather Strong. «Es peor que una serpiente cascabel», le había dicho refiriéndose al siciliano.

—Dirty tiene razón. No beberé más.

Un ramalazo de ira fulguró en los ojos de Varetta, pero se contuvo y forzó una sonrisa.

—Eres un paquete tonto... Unas copas no hacen daño y ya que te has quedado sin tu pelirroja, ¿qué te parecería si fuéramos a casa de *Mamie* Dolly? Tiene unas chicas de rechupete. De las que hacen soñar en tecnicolor y en tres dimensiones.

El púgil se acordó de la promesa a Luella y de que esta ya le estaría esperando. Rechazó con una sonrisa el nuevo ofrecimiento.

—Quiero acostarme temprano. Mañana volveré al gimnasio para entrenarme. No me gustaría que volviera a repetirse lo de hoy. Entonces sí podrías llamarme paquete.

Varetta hizo una mueca y miró su reloj.

—Por lo visto, vosotros sois de los que os acostáis con las gallinas. ¡Vaya vida!

El puertorriqueño trató de justificarse.

—Desde aquí hasta donde vivo hay un buen trecho...

—Si es por eso, no te preocupes —se apresuró a decir el siciliano —. Después de dejar al Don en casa, Ratone vendrá a buscarme. Te acercaremos a tu casa en el coche.

El interés que estaba demostrando en retener a Buddy alarmó a Dirty y a Apolo Razzi. Ambos se miraron comprendiéndose sin necesidad de decir palabra.

—Me parece que esto no me incumbe —dijo el *manager* poniéndose en pie—. Yo me largo. Se me hace tarde.

—Yo también me voy —añadió Razzi levantándose, y mirando al siciliano, agregó—: Como le has dicho a Buddy, nosotros nos acostamos con las gallinas y hoy he sacado los pies del plato.

Los dos se apresuraron a marchar.

Buddy se sorprendió por la rapidez con que ambos se habían quitado de en medio. Ahora, de todo el grupo, solo quedaban allí él y Varetta, porque Duck era como si no existiese. Tumbado de bruces sobre la mesa estaba durmiendo la mona.

El puertorriqueño intuyó que algo anormal estaba pasando y se levantó para ir hacia la puerta. Varetta marchó tras él, y sujetándole del brazo, exclamó:

—¡Tomemos la espuela!

—Ya te dije que no quería beber más.

—Espera, hombre. Ahora vendrá Ratone y te llevaremos en el coche hasta tu casa. Tranquilo...

Como si un destello de luz acabase de iluminar su mente, Buddy comprendió que lo que el siciliano intentaba era retenerle hasta la llegada de su compinche. Un sudor frío bañó su frente y notó que las rodillas se le volvían de mantequilla, como cuando aquella tarde se enfrentó con Pancho Tornado en el *ring*.

—Gracias, Varetta... pero ni bebo más, ni espero vuestro coche. ¡Adiós!

Y, zafándose de la mano del siciliano, Buddy casi corrió hacia la puerta para ganar la calle.

El Cadillac no estaba aún allí y eso le hizo sentirse aliviado, pero oyó los pasos de Varetta a su espalda y se giró a tiempo de oírle gritar:

—¡Aldo! ¡No le dejéis escapar!

El puertorriqueño masculló una maldición y cerró los puños dispuesto a lanzarse contra Varetta. Pero este ya había echado mano a la sobaquera y desenfundaba su pistola.

El ruido del motor al ponerse en marcha indicó a Buddy que también había peligro detrás de él, en la calle.

Se sintió acorralado.

La sangre hirvió en las venas del boxeador, que jugándose el todo por el todo, se arrojó de cabeza contra Varetta, al tiempo que con la zurda golpeaba en la muñeca para hacerle soltar la pistola.

El factótum de Don era más fuerte de lo que parecía a primera

vista. Resistió el fuerte encontronazo y alzó la mano para golpear con su culata la cabeza del boxeador.

Buddy logró esquivar el primer golpe, que le alcanzó en el hombro. El púgil notó que este perdía sensibilidad y soltó un bramido de rabia. Pero el impulso que él mismo se había dado hizo perder el equilibrio al siciliano, que retrocedió un paso.

El boxeador no desaprovechó la oportunidad y golpeó al otro en la ingle, arrancándole un quejido de dolor.

Los dos estaban girando mientras se golpeaban, por lo que los ocupantes no se atrevían a disparar.

Aldo les gritó a sus compinches:

—¡Echadle una mano a Tonio!

Dos de ellos se apresuraron a salir, empuñando sus pistolas.

Buddy había vuelto a golpear a su enemigo, obligándole a soltar la pistola, que resbaló por la acera, produciendo un sonido metálico.

El puertorriqueño, creído de que tenía al enemigo a su merced, le disparó un tremendo *uppercut*, que le cortó el resuello y le hizo desplomarse en el suelo.

Aldo gritó entonces:

—¡Disparad ahora, mostrencos! ¡No le dejéis escapar!

Los dos mafiosos abrieron fuego a la vez, al tiempo que Buddy se tiraba de bruces contra la acera, como si lo hiciera en una piscina, y se protegía detrás del cuerpo de Varetta, que con un par de sacudidas acusó el impacto de las balas que sus compinches disparaban contra el puertorriqueño.

—¡Imbéciles! —aulló Aldo, saliendo a su vez del coche, y empuñando también su pistola—. ¡Le habéis dado a Tonio!

Ya se disponía a disparar a su vez contra el boxeador, cuando repentinamente la calle quedó iluminada por unos focos, cuya potencia era tal que parecía que se había hecho de día.

Al mismo tiempo, una voz intimó a los mafiosos a rendirse.

—Estáis rodeados… Tirad las armas al suelo y no ofrezcáis resistencia…

—¡La policía! —aulló Aldo, revolviéndose hacia donde estaban los focos y disparando contra el más próximo de ellos.

Una descarga sonó en la noche y Aldo cayó acribillado a balazos, a dos pasos del cadáver de Tonio Varetta.

Por encima de este, asomó la cabeza del boxeador, que vio cómo los restantes mafiosos se rendían a la policía.

Rather Strong aprovechó el momento para reunirse con él.

—¿Qué tal, amigo? —le saludó—. Parece que llegamos justo a tiempo.

—¡Y que lo diga! ¡Dos minutos más y no lo cuento!

—Bueno, ahora ya terminó todo, amigo.

Los dos hombres, el portorriqueño y el negro, se fundieron en un abrazo, que rompió Rather para decirle:

—Me parece que te has olvidado de que Luella te está esperando. ¿Es que no piensas ir a su lado?

—¡Pues claro que voy! ¡Ahora mismo!

Y, echando a correr, Buddy dejó al negro con la sonrisa en los labios para ir en busca de los brazos aterciopelados y los labios sensuales de Luella, que se había quedado dormida esperándole, pero que despertó en cuanto él la estrechó contra su pecho y le demostró lo mucho que anhelaba llegar allí.

FIN

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es

IDEALISMO Y NOBLEZA

pero también

SANGRE Y CORRUPCION

Todo esto lo encontrará en

DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!



ISBN 84-7518-048-5



EDICIONES
CERES, S.A.
Apartado de
Correos, 9.142
Barcelona
Precio en España
60 ptas.

Impreso en España

[1] **Grasientos, se les llama, por extensión a los latinoamericanos en Estados Unidos.**